

PROMETEO

REVISTA SOCIAL Y LITERARIA * * * * *
* * * Fundador: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

AÑO III

MADRID, NÚMERO VEINTE

1910

Proclama futurista á los españoles

== POR F. T. MARINETTI ==

Escrita expresamente para "PROMETEO"

¡Futurismo! ¡Insurrección! ¡Algarada! ¡Festejo con música Wagneriana! ¡Modernismo! ¡Violencia sideral! ¡Circulación en el aparato venoso de la vida! ¡Antiuniversitarismo! ¡Tala de cipreses! ¡Iconoclastia! ¡Pedrada en un ojo de la luna! ¡Movimiento sísmico resquebrajador que da vuelta á las tierras para renovarlas y darlas lozania! ¡Rejón de arador! ¡Secularización de los cementerios! ¡Desembarazo de la mujer para tenerla en la libertad y en su momento sin esa gran promiscuación de los idilios y de los matrimonios! ¡Arenga en un campo con pirámides! ¡Conspiración á la luz del sol, conspiración de aviadores y *chaufeurs*! ¡Abandernamiento de un asta de alto maderamen rematado de un pararrayos con cien culebras eléctricas y una lluvia de estrellas flameando en su lienzo de espacio! ¡Voz juvenil á la que basta oír sin tener en cuenta la palabra:—ese pueril grafito de la voz!—¡Voz, fuerza, *volt*, más que verbo! ¡Voz que debe unir sin pedir cuentas á todas

PROMETEO.

las juventudes como esa hoguera que encienden los árabes dispersos para preparar las contiendas! ¡Intersección, chispa, exhalación, texto como de marconigrama ó de algo más sutil volante sobre los mares y sobre los montes! ¡Ala hacia el Norte, ala hacia el Sur, ala hacia el Este y ala hacia el Oeste! ¡Recio deseo de estatura, de ampliación y de velocidad! ¡Saludable espectáculo de aereódromo y de pista desorbitada! Camaradería masona y rebelde! ¡Lirismo desparrramado en obús y en la proyección de extraordinarios reflectores! ¡Alegria como de triunfo en la brega, en el paso *termopilano*! ¡Crecida de unos cuantos hombres solos frente á la incuria y á la horrible apatía de las multitudes! ¡Placer de agredir, de deplorar excéptica y sarcásticamente para verse al fin con rostros, sin lascivia, sin envidia y sin avarientos deseos de bienaventuranzas: —deseos de *ambigü* y de repostería!— ¡Gran *galop* sobre las viejas ciudades y sobre los hombres sesudos, sobre todos los palios y sobre la procesión gárrula y grotesca! ¡Bodas de Camacho divertidas y entusiastas en medio de todos los pesimismos, todas las lobregueces y todas las seriedades! ¡Simulacro de conquista de la tierra, que nos la dá!

Tristán.

I

¡He soñado en un gran pueblo: sin duda en el vuestro, españoles!

Le he visto caminar de época en época, conquistando las montañas, siempre más á lo alto, hacia la gran lumbrarada encendida al dorso de las cimas inaccesibles.

Desde lo alto del cénit, en sueños, he contemplado vuestros barcos formando un largo cortejo como de hormigas sobre la pradería verde del mar, que entrelazaba las islas á las islas como en los aledaños de sus hormigueros, sin el temor de los ciclones, formidables puntapiés de un dios que no os arredraba tampoco.

Os he visto, trabajadores y soldados construir ciudades y caminar con tan firme paso, que con vuestra huella construís los caminos, llevando una extensa retaguardia de mujeres y de frailes.

Esa retaguardia era y sigue siendo por lo visto la que os ha traicionado, atrayendo sobre vuestra caravana de conquistadores en marcha toda la pesadez del clima africano que á la

PROMETEO

vez por paradoja rastreaba á vuestro alrededor como una conspiración de brujas y proxenetas en un sombrío desfiladero de Sierra Nevada.

Mil vientos ponzoñosos os solicitaban en el trayecto, y mil primaveras moliciosas con alas de vampiro os enervaban de voluptuosidad y de languor.

Mientras los lobos de la lujuria ahullaban en lo umbroso de los bosques, bajo las lentas tufaradas carmines del incendiado crepúsculo, los hombres se destruían dando besos á las mujeres coritas en sus brazos. Quizá esperaban ver enloquecer á las estrellas inaccesibles como idas á fondo en el pantano negro de la noche ó quizás tenían miedo á morir y por eso no terminaban de jugar en sus lechos esos juegos de la muerte. Las últimas llamas del infierno que ya se extingue, lamían sus nalgas de machos encarnizados sobre los bellos sexos glotonas como ventosas.

Como fondo al panorama el gran sol cristiano moría en un tumulto de insólitas nubes veteadas de sangre, congestionadas de la que vertieron en la Revolución francesa—la formidable borrasca de justicia.

En la inmensa inundación de libertad, todos los autoritarismos borrados, habéis alimentado vuestra angustia en los frailes, que con toda socarronería han hecho la rueda cautelosamente alrededor de vuestras riquezas hieratizadas.

Y heles aquí todos inclinados sobre vosotros, murmurando muy leve: «¡Oh, hijos míos, entrad con nosotros en la Catedral del buen Dios... ¡El es viejo pero sólido! ¡Entrad, ovejas mías á abrigaros en el redil! ¡Oid á las santas y amorosas campanas que se balancean en sus campanadas como las andaluzas mecen sus mórbidas caderas. Hemos cubierto de rosas y de violetas el altar de la Virgen. La penumbra de su capilla tiene perfumes de alcoba. Los cirios arden como los claveles rojos en la dentadura de vuestras mujeres. ¡Tendréis amor, perfumes, oro y seda y canciones también, porque la Virgen es indulgente!»

Ante estas palabras habéis desviado los ojos de las indescifrables constelaciones y vuestro miedo á los firmamentos os ha arrojado á las ogaresas puertas de la Catedral, bajo la voz lagrimosa del órgano que ha acabado de debilitar vuestras rodillas.

¿Qué más he visto? En la noche impenetrable la negra Catedral tiembla bajo la ráfaga fiera de la lluvia. Un sofocante terror eleva difícilmente hacia allá, sobre el arco del horizonte, bloques caliginosos y pesados. El chaparrón acompaña con una voz desolada los largos gemidos del órgano, y de hora en hora sus voces, entremezcladas como en una lucha cuerpo á cuerpo, se prolongan en un fracaso de hundimiento. Los tabiques del claustro caen ruinosos, en este cuadro de éxodo.

PROMETEO

¡Españoles! ¡Españoles! ¿Qué esperáis así de abatidos, besando las losas sagradas entre el hedor desangrante del incienso y de las flores, podridas en este arca inmunda de Catedral, que no puede salvaros del diluvio, ni conducirnos al cielo, rebaño cristiano?...

¡Levantaos! Escalad los vitrales aún lustrados de luna mística y contemplad el espectáculo de los espectáculos!

He aquí erigida en un prodigio más alto que las sierras de ébano la sublime Electricidad, única y divina madre de la humanidad futura, la Electricidad con su busto palpitante de plata viva, la Electricidad de los mil brazos ó de las mil alas fulgurantes y violentas!

¡Hela aquí! Lanza en todas direcciones sus rayos diamantados, jóvenes, danzantes y desnudos, que trepan por zigzageantes espirales azules, en serpentanismos maravillosos al asalto de la negra Catedral!

Son más de diez mil, hirvientes, faltos de alientos, lanzados al asalto bajo la lluvia, escalando los muros, introduciéndose por doquier, mordiendo el hierro inflamado de las gárgolas, y rompiendo de un chapuzón de fuerza la multitud de vírgenes pintadas en los vitrales.

Pero tembláis de rodillas, como árboles maltrechos, quebrados en un torrente...

¡Levantaos! Que los más ancianos se apresuren á llevarse

sobre los hombros lo mejor de vuestras riquezas... ¡A los más jóvenes un trabajo más digno y más jovial! ¿Sois los hombres de veinte años? Bien. Escuchadme: blandid cada uno un candelabro de oro macizo y serviros de él como de una maza voltigeándola para fracturar el misticismo marrullero de frailes y cabildos.

¡Papilla sangrienta y vermeja con la que adornaréis los huecos de los abovedados, los ábsides y los vitrales rotos! ¡Ja-deante andamiaje de diáconos y subdiáconos, de cardenales y de arzobispos, encajados los unos en los otros, brazos y piernas trenzados, que sostendrá el resto de los muros rendidos de la nave!

Pero precipitad vuestros pasos antes de que los rayos ya en triunfo caigan sobre vosotros para haceros purgar vuestra falta milenaria... Porque sois culpables del crimen de éxtasis y de sueño... Porque sois culpables de no haber querido vivir y de haber saboreado la muerte en pequeñas dosis, en pequeños buches. Culpables de haber apagado en vosotros el espíritu, la voluntad y el orgullo conquistador, bajo tristes molicies acolchadas, de amor, de nostalgia, de lujuria y de oración!...

¡Y ahora echad abajo las batientes de la gran puerta que giran sobre sus goznes añosos! La bella tierra española está tendida ante vosotros, supina, toda abrasada de sed y el vien-

PROMETEO

tre maltratado, sequerizo, por la ferocidad de un sol dictatorial... ¡Libertad!... ¡Ah! Una fosa se os opondrá, la gran fosa medioeval... ¡Pero no importa, terraplenadla, valetudinarios, arrojando á ella las riquezas que abrumen vuestro espinazo!... ¡Ese *pèle-mêle*, ese charivari, de cuadros sagrados, estatuas inmortales, violas y harpas embadurnadas de claro de luna, útiles preferidos por los antepasados, metales y maderas preciosas!... Pero la fosa es demasiado vasta y no tenéis apenas nada para llenarla hasta el ápice... ¡Ha llegado vuestro momento!... ¡Sacrificaos! ¡Arrojaos dentro! Vuestros senectos cuerpos, amontonados, prepararán el vado al gran espíritu del mundo!...

¡En cuanto á vosotros los jóvenes, los valientes, pasad por encimal

¿Qué hay ahí aún? ¿Un nuevo obstáculo? ¡No es más que un cementerio! ¡Al galope! ¡Al galope! ¡Atravesadle saltando como una banda de estudiantes en vacaciones! ¡Abatid las hierbas, las cruces y las tumbas!... Reirán nuestros antepasados con una alegría futurista, feliz, formidable y desusadamente feliz, por sentirse hollados por pies más pujantes y más inauditos que los suyos. ¿Qué lleváis? ¿Azadas?.... ¡Desembarazaos de ellas, porque no han hecho más que fosas funerarias!... Para devastar la tierra de la vid sombría, forjaréis nuevas azadas fundiendo el oro y la plata de los *ex-votos*.

¡Ya al fin podéis desenfrenar vuestras miradas, en libertad

bajo el recio flamear revolucionario de la gran bandera de la aurora! ¡Los ríos en libertad os indicarán el camino! Los ríos que desdoblán sus verdes y sedeñas *écharpes* lozanas y frescas, sobre la tierra, de la que habéis barrido las inmundicias clericales!

¡Ahora sabedlo bien, españoles, ese viejo cielo católico, de un viejo temple desconchado, llorando sus ruinas ha fecundado mal que le pese la sequedad de vuestra gran meseta central!

¡Para calmar vuestra sed, durante vuestra caminata entusiasta, morded vuestros labios hasta hacédlos sangrar, porque querrán aún rezar, sin querer aprender á dominar el destino esclavo!

¡Andad todo seguido! Es necesario deshabituar de la tierra á vuestras rodillas maceradas y no doblarlas más que para anonadar á vuestros viejos confesores! ¡Oh, cuán grotescos reclinatorios!

¿No les sentís agonizar ya bajo este derrumbamiento de piedras y estos recios choques de escombros que acompasa vuestro avance?... ¡Guardaos bien de volver la cabeza!... Que la vieja Catedral, toda negra, se siga desplomando lienzo á lienzo, con sus vitrales místicos y sus claraboyas en la bóveda adornadas del manchón fétido de la clericalla de sus cráneos mondos!...

II

CONCLUSIONES FUTURISTAS SOBRE ESPAÑA

El progreso de la España contemporánea no podrá verificarse sin la formación de una riqueza agrícola y de una riqueza industrial.

¡Españoles! Llegaréis infaliblemente á este resultado por la autonomía municipal y regional que hoy resulta indispensable, y por la instrucción popular á la que el Gobierno debería consagrar todos los años los SESENTA millones de pesetas absorbidos por el culto y clero.

Es necesario para esto, estirpar de un modo total y no parcial el clericalismo y destruir su corolario, colaborador y defensor, el carlismo.

La monarquía, talentudamente defendida por Canalejas está en camino de hacer esta bella operación quirúrgica.

Si la monarquía no llega á llevarla á cabo, si muestra de

PROMETEO

parte de su primer ministro debilidad ó traición, será el momento de la república radical-socialista con Lerroux y Pablo Iglesias, que harán una incisión profunda y quizás definitiva en la carne leprosa del país.

En espera, los hombres políticos, los literatos y los artistas deben cooperar enérgicamente, en sus discursos, en sus libros y sus periódicos á transformar completamente la intelectualidad española.

1.º Deben exaltar para esto el orgullo nacional bajo todas sus formas.

2.º Desenvolver y defender la dignidad y la libertad individuales.

3.º Glorificar la ciencia victoriosa y su heroísmo en la labor, ese heroísmo cotidiano.

4.º Diferenciar resueltamente la idea del militarismo de la idea de otros poderes y de la reacción clerical. Lo que es tanto más lógico, cuanto que todos los pueblos agonizantes de Europa contradiciendo su origen violento y batallador, como debilitados, se adhieren fatalmente al pacifismo á todo precio con la cobardía y la astucia diplomática preparándose así un lecho en que morir.

5.º Los hombres políticos, los literatos y los artistas deben fundir la idea del ejército poderoso y de la guerra posible con la idea del proletariado libre industrial y comerciante.

6.º Deben transformar sin destruirlas todas las cualidades esenciales de la raza, á saber: la afición al peligro y á la lucha, el valor temerario, la inspiración artística, el orgullo arrogante y la habilidad muscular, cosas que han aureolado de gloria á vuestros poetas, vuestros pintores, vuestros cantantes, vuestros bailaores, vuestros Don Juanes y vuestros matadores.

Todas estas energías desbordantes pueden ser canalizadas en los laboratorios y en las fábricas, sobre la tierra, sobre el mar y sobre el cielo, por las innumerables conquistas de la ciencia.

7.º Deben combatir la tiranía del amor, la obsesión de la mujer ideal, los alcoholes del sentimentalismo y las monótonas batallas del adulterio, que extenúan á los hombres de veinticinco años.

8.º En fin, deben defender á España de la más grande de las epidemias intelectuales: el *arcatismo*, es decir, el culto metódico y estúpido del pasado, el inmundo comercio de nostalgias, de historietas, de añoranzas funerales, que hace de Venecia, de Florencia y de Roma las tres últimas plagas de nuestra Italia convaleciente.

Sabed, españoles que la gloriosa España de otro tiempo no será nada comparable á la España que forjen un día vuestras manos futuristas.

Simple problema de voluntad, que es necesario resolver

PROMETEO

quebrantando férvidamente, brutalmente, el círculo vicioso de sacerdotes, de toreros y de caciques en que vivís aún.

Se lamenta en vuestro país que los pícaros golfos de vuestras ciudades muertas maten el ocio tirando cantos contra las preciosas blondas pétreas de vuestras Alhambras y contra las vidrieras inimitables de vuestras iglesias.

Regalad á estos hombres benéficos, porque os salvan sin peusarlo, de la más infame y perniciosa de las industrias: la explotación de los extranjeros.

Ante los turistas millonarios, impotentes viajeros pasmados, que aspiran las huellas de los grandes hombres de acción y se divierten á veces vistiendo sus cráneos inconsistentes, de un viejo casco guerrero, tened un gran desprecio, desdeñad su necia locuacidad y el dinero con que os pueden enriquecer.

Sé bien que se os querrá alucinar con los grandes provechos que eso reporta... ¡Escupid encima, volved la cabeza!...

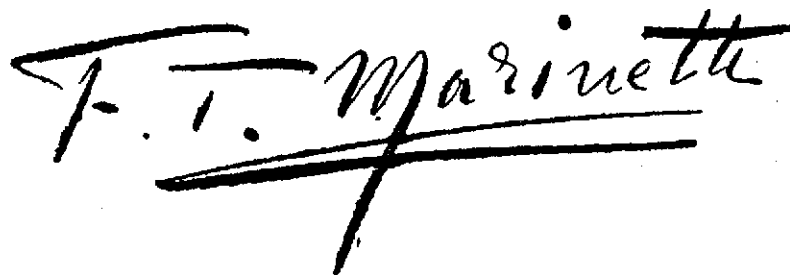
Sois más dignos de ser trabajadores heroicos y mal recompensados que no *cicerones*, ni proxenetas, pintores copistas, restauradores de cuadros vetustos, pedantes, arqueólogos y fabricantes de falsas obras de museo, como nuestros Venecianos, nuestros Florentinos y nuestros Romanos, contra los que estamos haciendo una campaña trágicamente necesaria.

Guardaos de atraer sobre España las grotescas caravanas de ricos cosmopolitas, que pasean su snobismo ignorante, su

inquieto cretinismo, su sed maligna de nostalgia y sus sexos rehacios, en lugar de emplear sus últimas energías y sus riquezas en la construcción del futuro.

Vuestros hoteles son malos, vuestras catedrales se desmoronan en polvo... ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! ¡Alegraos!... Os hacen falta grandes puertos comerciales, ciudades industriosas y campiñas fertilizadas por vuestros jugosos ríos aún sin canalizar...

¡No queráis hacer de España otra Italia de Baedeker: estación climatérica de primer orden, mil museos, cien mil panoramas y ruinas á placer!...

A large, stylized handwritten signature in black ink. The signature reads "F. I. Marinetti" in a cursive script. The "F" and "I" are separated by a dot. The name "Marinetti" is written in a fluid, connected cursive. The entire signature is underlined with a single horizontal stroke.

Italia.

(Traducción literal de R. G. S.)

POR BENITO BUYLLA (*Silvio Itálico*).

EHRlich! el precursor, el apóstol, el sabio,
que tiene al mundo entero pendiente de su labio.
Aquel que en las sombrías salas de un hospital
vió surgir una aurora de un tubo de cristal.
¡Ehrlich!, sajón y rubio, protector amoroso
de la santa ramera, del pobre crapuloso,
del que luce en su cara los estigmas del vicio,
del bachiller que en lides de pasión fué novicio,
de la que harta de goces como manda natura
debilitó su cuerpo con excesos de hartura,
del que besó las llagas y libó la ponzoña
y alcoholizó sus venas por disolver la roña,
del pelado, granudo, fofo, imbécil ó loco,
de aquellos que su muerte importaría muy poco.
¡La sífilis sucumbel!, suene el aureo trombón.
¡Ya no existe *avariosis*! ¡¡Gloria á Ehrlich el sajón!!



HABLEMOS DE EXÁMENES

POR L. FERNÁNDEZ NAVARRO

(Catedrático en la Universidad Central).



¡; hablemos de exámenes y tratemos de poner las cosas en su justo lugar.

En los labios de las gentes (que no en el corazón) anda imprecisa la idea de qué hay que acudir, para nuestra reconstrucción interior al problema de la enseñanza. Mejor sería decir de la educación. Y periodistas y políticos de oficio, ponen sus manos pecadoras en el asunto, indocumentados las más de las veces, sin conocimiento práctico de los problemas siempre.

Hablen los pocos eruditos de estas cuestiones que entre nosotros tenemos; hablen, pero no en publicaciones meramente profesionales, sino en Revistas y Rotativos, desde donde su voz llegue á la gran masa, interesándola y orientándola. Hablemos también los

PROMETEO

que por razón de oficio conocemos prácticamente la materia. Las aspiraciones quizá un poco idealistas de aquéllos, templadas por el sentido de la realidad de los últimos, darán una resultante que seguramente se aproxime mucho á lo que á nuestro estado mental conviene en materia de educación é instrucción.

El examen, llámesele así ó désele el nombre de prueba, concurso, oposición ó lo que se quiera, es quizá un mal, pero es un mal muchas voces necesario y susceptible siempre de gran atenuación. No serán sospechosas estas palabras en quien no examina más que en los casos en que la ley se lo ordena taxativamente. El que suscribe este artículo, con una cátedra de pocos alumnos, siempre en contacto con ellos por medio de prácticas, preguntas, excursiones, trabajos de laboratorio, problemas, etc., no necesita, al fin de curso, de medios más ó menos artificiosos para conocer el estado de instrucción de sus discípulos. Y así, los califica *sin examen ni prueba de ninguna clase*, y sin haber dado lugar en el transcurso ya de bastantes años á una sola reclamación ni protesta á pesar de que no goza fama de sobradamente benévolo.

Pero este no es el caso general. En las cátedras numerosas ó para el alumno que no asistió al curso ¿cómo podrá el Estado certificar de sus conocimientos sin una prueba previa? He aquí el caso en que el examen es indispensable, el caso para el cual existe *en todas partes*, sea en una ú otra forma. Supresión total de pruebas no es posible más que prescindiendo de toda clase de títulos oficiales ó no permitiendo más enseñanza que la del Estado; injusta conclusión, que no querrán llegar los espíritus liberales que creen posible prescindir en absoluto del examen.

Este es malo, porque hoy se le toma como fin de la enseñanza y no como medio de comprobar los frutos obtenidos. Con este último carácter sería sólo un accidente que no preocuparía ni al discípulo ni al maestro, como lo son las preguntas en clase, ó laboratorio,

los problemas propuestos, los ejercicios escritos, etc., etc. Hasta se podría llegar á suprimirle en absoluto, sin cuidado alguno, para los alumnos oficiales, y reducir mucho su número para aquellos que quisieran dar valor oficial á los estudios realizados privadamente.

No se puede negar que los exámenes actuales, solemnes, falsos, fomentadores de la memoria y el verbalismo, con su artificio preconcebido y su escala de notas, parecen hechos de propósito para desarrollar la vanidad y matar la razón del estudiante. Y si esto es cierto por una parte, y es evidente por otra que no puede en determinadas casos prescindirse del examen, veamos de reducirlos al menor número posible y hagámoslos verdaderos.

Lo primero puede conseguirse examinando, no por cursos sino por materias, y suprimiendo reválidas que no vienen á ser sino repetición de pruebas anteriores.

En el caso de la enseñanza primaria, todo examen huelga, puesto que el discípulo está siempre bajo la mirada de un solo profesor oficial. Claro es que suponemos la escuela graduada, el maestro oficial y la enseñanza racionalmente inspeccionada. Con escuelas de clase única, maestros mal formados é inspectores-inquisidores, ni con examen ni sin examen hay enseñanza posible.

Como desgraciadamente, lo último es el caso general, los certificados de los maestros no pueden hoy tener más que un valor relativo y han de ser refrendados, al pasar al segundo grado de la enseñanza, por un ejercicio de ingreso. Sin embargo, pudiera admitirse, para los contados casos en que la instrucción primaria ofrece garantías, un certificado de suficiencia dado por el maestro sin previo examen, bajo su sola responsabilidad. Este documento sustituiría al examen de ingreso, sería necesario para el desempeño de cualquier cargo oficial, etc., etc. Medio de fomentar la buena enseñanza, más eficaz de seguro que toda clase de medidas coercitivas.

PROMETEO

En los Institutos, por la multiplicidad de materias que constituyen sus programas, multiplicidad necesaria dado el carácter de cultura general y de orientación que tienen estos estudios, no es posible, al menos por ahora, ni prescindir en absoluto de exámenes, ni aún sustituirlos por un examen final de reválida. Hay además que ponerse en guardia contra el apresuramiento de padres ineducados é ignorantes, que harían á sus hijos simultanear enseñanzas que debieran ser sucesivas. Hay por último, que ir paso á paso, no queriéndolo todo de una vez, medio excelente de no conseguir nada.

Suponiendo el plan de estudios poco más ó menos como está, podría en la enseñanza oficial bastar el certificado del profesor para el paso de unas á otras asignaturas, estableciendo exámenes parciales por grupos de materia y suprimiendo el ejercicio final de reválida ó reduciéndole á uno ó varios ejercicios de carácter práctico.

Con el tiempo, quizá todos estos exámenes pudieran llegar á suprimirse en la enseñanza oficial, cuando el material, los locales y los métodos de enseñanza, ofrecieran completa garantía, como la ofrece ya hoy casi todo el personal, especialmente el joven. Entonces sería llegado el caso de no conservar exámenes en la enseñanza secundaria más que para los alumnos no oficiales.

En cuanto á los estudios de grado superior, creemos que en ellos con pocas modificaciones, puede prescindirse en absoluto de los exámenes parciales, reduciéndolos todos á uno final de licenciatura. Y aún en el porvenir, tal vez aún de este mismo pudiera prescindirse siempre con los alumnos oficiales. El paso de unos cursos á otros debería desde luego hacerse por certificaciones del profesor.

Para ello, sin embargo, precisa una transformación de las cátedras numerosas, bien subdividiéndolas en secciones á cargo de varios catedráticos, ó bien suministrando al actual profesor personal subalterno de competencia indudable y en número suficiente. Pretender que la acción de un maestro llegue directamente á cen-

tenares de discípulos y que el estado de instrucción de éstos sea conocido por aquél, es sencillamente absurdo. Por eso todos los profesores de cátedras muy frecuentadas, á quienes la legislación actual permite prescindir del examen con sus alumnos oficiales, no lo hacen y para juzgarlos, examinan. La mayoría están bien convencidos de los daños que el examen causa, pero su conciencia no les permite fallar, sin dato alguno, sobre el aprovechamiento de cada alumno.

Reducidas así en número las pruebas de suficiencia, queda el hacerlas verdaderas, evitando que la *enseñanza* sea *preparación para exámenes*, cosas no sólo distintas, sino antitéticas. Dice un pedagogo inglés, que hoy se se prepara al niño (en Inglaterra) para el examen, como se prepara un potro para las carreras... ¡que diremos nosotros!

Con afirmar que el examen debe ser exactamente lo contrario de lo que es en la actualidad, habremos dicho en resumen lo que sobre esta materia pensamos.

Es solemne y debiera ser sencillo, para que en nada preocupase al alumno. Las perniciosas notas no sirven para graduar lo ingraduable, sino sola y exclusivamente para fomentar la vanidad. Como toda función juzgadora, el examen necesita calma y reposo; esos desfiles cinematográficos de máquinas parlantes ante esfinges oyentes, serían causa de risa si no fueran causa de pena. Tampoco es posible dar patrones únicos para exámenes que han de versar sobre materias distintas y en que se ha de juzgar á sujetos que serán de tan variadas condiciones. Conviene por fin que el examen conste de actos múltiples y variados y que alumno y maestro gocen en él de amplia libertad. Claro que estos exámenes no son posibles cuando hay que hacerlos por centenares; para eso está el reducirlos en número. Y sobre todo ó los exámenes son así ó no son exámenes.

Un pleito se ha suscitado últimamente entre nosotros de que no

PROMETEO

es posible prescindir al hablar de pruebas de curso. Digamos, pues, dos palabras acerca de los tribunales examinadores, compuestos de personas ajenas al profesorado, tal como en principio se han propuesto para la segunda enseñanza.

Como entre nosotros es tan frecuente pensar mal de todo, lo primero que á muchos se ha ocurrido es que esto sería tan sólo una puerta por donde el favoritismo de los primates políticos repartiera sus dones á cuatro paniaguados. No quiero yo marchar por tan torcidas sendas, pero sí indicaré otro peligro de índole análoga. Y es el seguro apoderamiento por las comunidades explotadoras de la enseñanza, especialmente las religiosas, que son las más industrializadas é influyentes, de esta nueva arma con que se las brindaría.

Hay otro aspecto en la cuestión, nada favorable por cierto para el profesorado de los Institutos. Si la reforma se juzga buena, no se comprende que se limite á un sólo grado de la enseñanza. Se concibe que su solo anuncio haya molestado á los actuales profesores, que no merecen esa desfavorable excepción. Ciertamente no habrá existido idea de molestar á tan digno personal, pero la molestia existe.

Pero aún prescindiendo de estas consideraciones de segundo orden, hay la fundamental de que esas comisiones examinadoras, lejos de atenuar los daños de la enseñanza actual y de los actuales exámenes, los agravarían aumentando su solemnidad, su rigidez y su acción cohibitiva sobre el examinando.

La misión de juzgar, siempre muy difícil, lo es algo menos en asuntos de enseñanza, para quien tiene costumbre de enseñar, para quien por su continuado contacto con el alumno sabe buscar á través de sus diversas modalidades el fondo de instrucción adquirido y sabe la especial manera de razonar y de orientarse que éste presenta en cada edad y ante cada problema. En tal sentido puede

afirmarse que sería enormemente lesivo para la enseñanza la ingerencia en la función examinadora de elementos extraños, cualquiera que fuese su competencia científica; aún la ingerencia de profesores de un grado en otro sería perjudicial. El examen sólo puede ser tolerable, cuando le hacen los mismos maestros.

Enseñad á éstos á que lo sean, persuadidles de la verdadera índole del examen, *medio* y no *fin*, inculcadles la importancia de su misión. Y si después de esto, les dáis independencia y respetabilidad, no penséis en buscar examinadores ni os preocupéis demasiado de los exámenes. Ellos irán desapareciendo por sí solos hasta donde esto es factible mientras la colación de títulos sea función del Estado.



EL ARTE Y LA MORAL

POR EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO



ELIZMENTE la primer tentativa en el terreno de la estética que tengo en honor de presentar bajo mi nombre á los ilustrados lectores de PROMETEO (revista donde la estética es todo un credo criteriológico), es si no la que más se conforma con la clase de mis estudios, la que con más oportunidad puede darse en las circunstancias presentes.

Pregúntome yo, ante todo, si es aceptable enteramente la fórmula: *el arte por el arte*, y esta pregunta, por primera, es también la más difícil de contestar. Si hubiera de atenerme á las tendencias que hoy prevalecen entre los literatos jóvenes, muy negativa habría de ser la contestación. Hoy España, cuya verdadera literatura nacional ha dejado de existir como tipo, conservándolo sólo en los clásicos para dar testimonio de lo que fué, es en arte el resultado de las influencias sucesivas del simbolismo, parnasianismo, prerrafaelismo, impresionismo, naturalismo y otros sistemas literarios, procedentes del extranjero todos ellos. Pasó el romanticismo, y claro está que para no volver; empieza á declinar el realismo, y su ruina amenaza precipitarse antes de poco; y en las últimas tentativas de los literatos jóvenes, apunta de una manera nada equívoca la poesía y la novela decadentes.

Algunos han venido también á tocarnos en el hombro, mostrándonos con el dedo lo que pasa en las luchas de la sociedad. Su número es más largo, pero también más ínfima su calidad estética. La vida se ha modificado rápidamente en el último siglo, y el arte refleja esta gran revolución. Así han podido aparecer y brillar como estrellas de primera magnitud en la literatura occidental: Víctor Hugo, un agitador de turbas, enriquecido y engrandecido por ellas; Zola, un corruptor de menores, que se atrevió á llenar de páginas obscenas sus libros; é Ibsen, un farsante burdamente disfrazado de loco para explotar la ignorancia petulante y pedantesca de su tiempo. Mayor es todavía la turbamulta de los que se empeñan en persuadirnos que el arte es redención y apostolado la profesión del artista. En vez de deleitar el ánimo con dulce esparcimiento, la novela y el teatro de esta clase tratan de todo y sobre todo pretenden enseñar y predicar: economía política, legislación civil y criminal, sistemas penitenciarios, emancipación de la mujer, organización del trabajo y tantos otros temas antiartísticos.

Poco fuera que tales energúmenos hubiesen espaciado su estulticia por el campo de tan prosaicos argumentos, si no se hubieran arrojado muchos de ellos á hacer armas contra la moral jurídica con el intento de acabar con la sociedad actual. A la hora presente se propala un profundísimo menosprecio de las leyes; el Estado es acusado de supervivencia absurdísima, si la hubo; la familia es tenida por institución malvada, antifísica y digna de befa. La mujer está puesta á la raíz del matrimonio, que se mira como engendro depauperado y execrando de legisladores biliosos, cacoquímicos y seniles. El dogma de la libertad del hombre es blanco de escarnio. Cada día nace un argumento nuevo sobre un motivo literario que apoya la fuerza incontrastable de las pasiones; la persecución de la felicidad terrena, y como recurso final, el suicidio. No hay elementos en las instituciones consagradas, ni en nuestra ética

PROMETEO

punto que quede libre de atropellos. El fenómeno artístico es groseramente subordinado á las exigencias de la sociedad, y convertido en un aliado de la ciencia de la educación, cuando no en un cómplice de los manejos, no siempre limpios, de la política.

Frente á dirección tan desastrosa es por lo menos refrigerante la corriente de producciones estéticas que lleva por lema: *el arte por el arte*, hoy modificado y resuelto en este otro: *el arte por la belleza*. El mejor literato, el literato verdaderamente grande, es el que trata un asunto sublime dejando que el asunto mismo hable, por decirlo así; el que olvida, no sólo las preocupaciones é intereses de sus semejantes, sino su propia personalidad; el que no se propone un sistema, una teoría, un fin, que no se refiera á dar vida á su obra y forma inspirada á sus sentimientos. Testifica esta incomparable verdad el estético francés Séailles, diciendo: «El arte nace de la casualidad, de una circunstancia imprevista, del capricho de un particular ó de un monarca. Lo que importa es la emoción del artista que lo engendra. El poeta no es un teórico, ni tiene por qué reflexionar sobre los procedimientos de la vida.» Es indudable que en el arte juegan un papel muy importante las ojeadas profundas, los grandes pensamientos, las intuiciones felices, las concepciones augustas y sintéticas. ¡Cuántas veces surge repentinamente en el cerebro un juicio decisivo, como surge en la obscura noche un meteoro luminoso, sin que se sepa por qué! Mozart escribía de sí propio: «Cuando estoy de vena, ya sea viajando en carruaje, ya sea después de comer, ó paseando, ó por la noche cuando no puedo dormir, se me vienen á torrentes las mejores ideas.»

Seguramente, la psiquis antrópica es el objeto más atrayente en la composición artística y poética, porque nada hay más interesante para el hombre que el hombre mismo. Pero no es arte ni poesía la de los que rinden culto á la reproducción servil de la

criatura humana, muchas veces á su indigna caricatura. Que el hombre sea un producto del medio natural y social, que vienen á ser como escuelas donde se va desenvolviendo su espíritu, al construir dentro de la uniformidad del ambiente la variedad de su personalidad, no es óbice para que el artista sepa sacar de la idea-hombre, de la forma-hombre, idea encarnada, forma que goza y vive y sufre y se desvanece con la muerte, enseñanzas sublimes, ideales grandiosos.

Muchos han dicho que el artista, que el poeta ha de ser santo. Y no por la influencia que ejerza en el público, pues con esta razón intrínseca no se demostraría que no es artista, sino que es pecador; no se demostraría que falta á las leyes del arte, sino que infringe las de la moral: no. Prescindiendo de la moral, el artista ha de ser santo precisamente para ser artista. Macaulay cree que los poetas han de volverse como niños, que es lo necesario para salvarse, según el Evangelio. Y nuestro Sánchez de Castro entiende también lo propio. Pero, contando con esto, el arte tiene finalidad en sí mismo, la cual consiste en lograr plenamente su objeto. Y pues su objeto es la belleza, ésta tiene sus leyes filosóficas inmutables, que no venga la moral, mucho menos la política y el derecho, á dar reglas al artista. Dejadle solo: que si es artista, en sus producciones resplandecerá, con la hermosura, la bondad y la justicia.

Un arte consumado violenta la naturaleza. Siempre he gustado de la difícil facilidad con que los literatos veristas se desentienen del estilo primoroso y en general de todo estilo ávido del efecto ó presuntuoso en demasía. En el arte literario, como en el arquitectónico, el pictórico ó el musical, me ofenden siempre los autores que encierran las ideas en compartimientos rígidos; que imponen despóticamente á la descripción ó al diálogo las formas de la retórica; que mutilan radicalmente la libertad ondulante de la vida con antítesis y frases impregnadas de preciosismo estético.

PROMETEO

Tomada al pie de la letra, la fórmula: *el arte por el arte*, no tiene sentido. Desde Platón hasta Kant, desde Cousin hasta Guyau, todos los grandes estéticos han establecido entre lo bueno y lo bello, tanto cuando estas ideas son consideradas en su valor esencial é intrínseco, como cuando representan hechos ó acciones, no sólo identidad substancial, sino relaciones de causalidad, deduciendo que la emoción artística depende de la emoción moral. Pero esta dependencia de lo bello respecto á lo bueno ¿podrá nunca confundirse con presentar la virtud premiada y el vicio castigado, sea el que sea el tema estético? Hay que dudarlo. Ni la realidad presenta cuadros tan armónicos, ni la misma ética religiosa los requiere. Debe siempre distinguirse en la literatura los procedimientos tenidos por *no moralizadores* y los procedimientos *inmorales*: esta distinción es capital, pues el arte tiene la misión de elevarse muy por encima de lo abyecto, de lo grosero, de lo subversivo.

El arte es una imitación, y, por consiguiente, una apología de la naturaleza. Pero la naturaleza no es buena. La naturaleza no conoce deberes, sino leyes, y estas leyes son indiferentes al bien y al mal, tal como nosotros los concebimos y preceptuamos. Necesarias ó contingentes, universales ó particulares, las leyes de la naturaleza no son, por desgracia, las de nuestra moral. Ahí están los resultados metafísicos de las ciencias naturales todas, que no me dejarán mentir.

Pero mejor será en este asunto hablar con las mismas palabras de los maestros de la crítica. Limitándome al más prestante y menos sospechoso, Brunetière dice: «Toda forma de arte está obligada; para impresionar al espíritu, á recurrir al medio, no sólo de los sentidos, notadlo bien, sino del placer de los sentidos.» Se le ha contestado que el placer de los sentidos no es por su naturaleza inmoral. Intrínsecamente es bueno, y la voluntad sostenida por la razón debe contenerle en sus justos límites. Así, Brunetière ha

tenido mil razones al fustigar el *dilettantismo*, esa forma de escepticismo ético en materia de arte, lo que un crítico italiano, hablando de la decadencia del arte italiano, ha llamado con acierto «la indiferencia del contenido». No para la fe dogmática, sino para la sensualidad hecha diosa, debió pronunciarse la paradoja célebre: *Creo porque es absurdo*. Exaltar el placer es extinguirle, como el sonido en el seno del aire. El día en que todos los hombres tengan sentimientos éticos y los expresen con elegancia y nobleza, serán, ¿qué digo raros? inconcebibles los immoralistas sistemáticos.

No disputarse sobre si es conveniente ó no qué el arte tienda á moralizar. Cuestión es esta delicada y sobre la que se podría hablar mucho. Lo que sí afirmó es que un fin tan elevado se consigue muchas veces por medios que la moral al uso, la moral burguesa, la moral católica, estiman impropios y aun execrables. ¿Quién podría en este punto compararse á Tolstoy? Lejos de ser cortesano ó mercenario de las abyectas pasiones, el gran escritor moscovita se impone á ellas virilmente, predicando la moral de lo absoluto, caso nunca visto en la historia literaria. Y sin embargo no creo que ningún burgués estime sus novelas propias para ser leídas por las señoritas. En cambio el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla no ha sido tildado de drama inmoral por ningún crítico, y ningún padre de familia, ningún marido discreto, han puesto nunca reparos en dejar ir á ver representarlo á sus hijas y mujeres. El *Hamlet*, de Shakespeare, fuera de algunas frases incidentales, conformes al gusto del tiempo y que comunmente se suprimen en la representación, nada ofrece de inmoral para la crítica ni el público; y sin embargo, como ya hizo notar Moratín en el prólogo de su traducción, se trata de una obra que hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulación, la perfidia y la sinceridad generosa y noble.

PROMETEO

Todo es culpa, todo se confunde en igual destino... Hace días, ocupándome en traducir algunos fragmentos de *Rolla*, tropecé con estos cuatro versos en que Musset dice (pésima, pero fielmente interpretado por mí):

«Del Gólgota los clavos apenas te sostienen,
Y tu divina tumba ya desapareció.
Ha muerto ya tu gloria ¡oh Cristol! Y á qué vienen
Tus triunfos?... Tu cadáver, polvo vil se volvió.»

Evidentemente, para un cristiano, este pensamiento no es sólo un desahogo inhumano, sino una brutal blasfemia, una espantosa herejía. ¿Quién, sin embargo, se atrevería á ver una inmoralidad sistemática en el conjunto de *Rolla*? Nadie al menos que conozca el poema.

Los literatos son seres escogidos; su vida tiene goces que nadie comprende, á no ser artista como ellos; poder exteriorizar emociones, desenvolver sentimientos, es una satisfacción que bien vale la pena de que á ella se sacrifiquen muchos postulados directivos de la vida práctica. Si la originalidad del artista es experimentar, con ocasión de las mismas cosas, diversas sensaciones que los otros hombres, parece que una de sus preocupaciones debe ser no dejarse de ningún modo *banalizarse*, y, como reconoce Brunetière, este es un derecho que no se puede disputar. La humanidad se divide en dos clases de hombres: los *artistas*, que tratan de la belleza, y los *filisteos*, los *burgueses*, los *epiciers*, que no la entienden como los artistas, ó que no gustan del mismo arte que ellos.

La burguesía tiene como centro natural la moral casera; pero el artista debe salirse de esta pequeñez y trabajar como si su ideal fuera una moral social y aun una moral cósmica. Así es como progresa el sentido de lo bello y se engrandecen los símbolos del bien.

La moralidad artística no es nada semejante á la vulgar. El arte no es un *ecclesiastés*, una tribuna de propaganda ética, como

la novela católica ó el drama aburguesado. Tampoco es una cosa distinta de la belleza, es ella misma. No hay en su vida ningún otro fin, individual ó social, que la belleza. Lo que moraliza es su interpretación y no su esencia, y hay bellezas que afirman un bien soberano, y bellezas que le hacen negativo como tal bien. Hegel sostenía muy acertadamente que la significación ética de una obra de arte es más subjetiva que objetiva, y que casi siempre la inmoralidad ó inmoralidad que en ella se descubre, no existe en ella, sino en el apreciador que la califica. Sin embargo el artista se expone á descentrar la obra cuando hace de ella una descripción ó simple experiencia.

Entre los hombres de una colectividad hay normalmente concierto de sentimientos, coordinación de ideas, cooperación de voliciones, y el secreto del placer ó disgusto que una obra les produce estriba en la conformidad ó disconformidad de su estado de ánimo con el carácter y tendencias de la obra. Y como el artista necesita todo su tiempo para atender á la belleza de sus creaciones, no puede desperdiciarle en averiguar el grado de adaptación que alcanzarán éstas respecto á su público, lo que equivaldría, de otra parte, á medir anticipadamente su valor estético por su éxito futuro.

Estas observaciones me parece que justifican mi afirmación sobre la independencia del arte. Un hecho decisivo se ha consumado en el curso de los últimos siglos; la literatura ha dejado de ser colectiva y épica; su eje ha cambiado de lugar. Y aquí creo lo mejor reproducir el comienzo de la sección VI de mi *Historia general de la literatura*, sección cuyo asunto lo constituyen las «literaturas universales». Empezaba así:

«Tras grandes manifestaciones literarias forman y componen nuestra civilización: la latina, la cristiana y la moderna. He llamado *universales* á estas literaturas, porque lo son, en efecto, por

PROMETEO

razón de los mismos elementos sociales en que radican. La literatura latina fué propiamente universal por haber llegado Roma á ser la señora del mundo conocido; lo fué realmente la cristiana, como la religión en que se inspiró y que no distinguía el judío del gentil; lo es, en fin, realmente, la moderna, á causa de su individualismo á la vez que del sentido internacional que hoy domina, en todo lo que no es político, con imperio casi despótico.

»En estas tres últimas literaturas el espíritu humano ha dado al traste con muchos géneros ó variedades que han brotado en las épocas primitivas, en las épocas de tribu ó de *clan*. Poco á poco el arte literario se ha hecho más personal y ha dejado de ser siervo ó adulator de las preocupaciones sociales, de los intereses comunes, de las aspiraciones solidarias. Si mi opinión puede tener en esto algún valor, me atrevo á decir que, á menos de que el socialismo ó el anarquismo triunfen y detengan esa evolución individualista que tanto contraría sus ideales, el porvenir de la literatura será convertirse, no en una fuerza revolucionaria ó en una inspiración de la conciencia general, sino en la más alta expresión de la personalidad y del emotivismo de cada hombre.»

Fuera supérfluo decir que los dos párrafos que anteceden y presentan, no sin demasiada concisión, pero con franco radicalismo, el carácter de las literaturas universales, sirven para formular la regla siguiente: que la explicación última, la causa primitiva que determinará lo demás en el arte del porvenir, será la originalidad siempre creciente de las producciones. En lo futuro, el estado general del espíritu y de las costumbres del tiempo tendrán cada vez menos influencia en los ideales de la labor artística. Los instrumentos sociales, morales, jurídicos, políticos é históricos obrarán sobre la nada y sobre el vacío allí donde no haya artistas geniales, allí donde las bellas creaciones no sean producto de sublimidades convergentes.

Kásidas hispano - moriscas del siglo X.



UANDO, para hacerme la señal aquélla, pasaste la mano á través de la reja de tu ventana, toda la vida de mi cuerpo se detuvo.

Ni la luna en el patio de los Leones, ni la flor de la magnolia, ni la nieve del monte, ni el jazmín, ni el mármol son más blancos que tus dedos, donde tus uñas lucían como llamas.

A mis compañeros, que asombraba el sentir de pronto un olor delicioso, dije:

«Es el brazo de mi bien amada que acaba de pasar á través de esta reja; son las rosas de sus uñas que embalsaman la encrucijada. ¡Que la bendición de Dios sea sobre esta casa dó mi bien amada está cautiva!»

Y mis compañeros se entristecieron, y mi caballo comenzó á relinchar, porque el aroma del brazo de mi bien amada le recordaba el perfume de las grandes llanuras que están más allá del mar.

(Autor desconocido.)



PROMETEO

Más blancos y más henchidos de tesoros que las tiendas de un emir, tus senos, ¡oh mi bien amada!, son las tiendas de mi amor.

Cuando escondo, á medio día, mi rostro en tu cabellera y busco tu mirada, tus ojos son las dos estrellas que iluminan la noche embalsamada en que agonizo.

Si un día, ¡oh mi bien amada!, sé que otro ha dormido en tu cabellera y que también tus ojos alumbraron la noche de ese maldito, no empuñaré el alfanje, no compraré ponzoñas; silbaré á mis lebreles y andaré por el camino de Granada hasta el lugar de nuestro encuentro primero.

Allí enterraré, para la eternidad, el pañuelo de seda que enjugó mis lágrimas.

(Mojtar Ben-Taieb.)

*
* *

Si has dormido en los oasis compara entonces el olor que sube de los jardines, cuando amanece, al perfume de su carne.

Si nunca viste rosa extenuada de sol, nunca hables de la tez de sus mejillas.

Si no viste jamás lirios regados de luna, no hable jamás de la blancura de sus piernas.

Si has hecho derretir contra tus dientes granos tibios de uva, evoca entonces el sabor de su boca durante el beso.

Si en el desierto, por la noche, creiste oír alguna vez la música

de las constelaciones, compara entonces á aquella armonía la música de su voz.

Si nunca has llorado de amor, no intentes conocer á la que me ama.

(*Dyelul Ben-Hasuna.*)

Aquella noche, mirabas el cielo desbordante de estrellas. Decías: «Pienso en los jardines de Damasco, que encierran flores más bellas.»

Sentado en la sombra, yo acariciaba tus piernas que humillaban el claror de la luna.

(*Amr. Yaxid.*)

Cuando le pido gracia, ella se contenta con sonreír, bajos los ojos. ¿Qué puedo esperar de un amor tan temible? Ella sabe el poder de su sonrisa. ¿Y cómo ocultarla que la amo?

Tú eres mi universo, con colinas y vergeles, con fuentes y cosechas. Querría tener mil bocas, querría no necesitar jamás el sueño. Sin embargo, ¡no soy el viajero que cada noche se duerme bajo frondas perfumadas!

Tú eres mi universo, con colinas y vergeles, con fuentes y cosechas. Cuando tu aliento pasa sobre mi rostro, pienso en las brisas del Hedyaz que deshojan innumerables rosas.

Mis halcones languidecen sobre sus perchas, mis caballos pier-

PROMETEO

den la costumbre del bocado, el brillo de mis armas se empaña.
¡Qué importa, si el brillo de tus mejillas es semejante al corazón
sangriento de las granadas, si tu vientre es más suave que el lomo
de mis corceles, si tus besos son halcones nunca hartos!

Echado sobre las dulces colinas de tu cuerpo, bebo en la fuente
de tu boca, recogiendo mis cosechas.

(*Abdelah l'Hasan.*)

* *

Las palmeras, que la tempestad cimbreo, están celosas de su
esbeltez, y las estrellas tienen envidia de las dos estrellas que se
encienden en el fondo del pozo cuando ella se inclina para sacar el
agua. Su tez posee el color del huevo del avestruz. Sus dientes son
pétalos de jazmín en línea. Su lengua es un pájaro en una jaula
perfumada. Sus brazos han guardado el reflejo de la primera auro-
ra sobre el mundo. Sus uñas son capullos de rosa, y las rosas de
su seno hacen palidecer la púrpura del hidyab.

Para crear á mi bien amada Dios agotó todos sus tesoros, y
cuando pensó en su corazón sólo le quedaba un hueso de dátíl.

Cuando me sepultéis rogad á Leila os entregue ese hueso de
dátíl y sembradle no lejos de mi tumba: de él nacerá una palmera
que me recuerde la esbeltez de mi bien amada. Pero si soy yo quien
tengo que enterrar á Leila, haré crecer un áloe no lejos de su tum-
ba, para que los puñales de esta planta le recuerden lo que me hizo
sufrir.

(*Ebn Tahar.*)

* *

Si al fin os cansa ser amados por vuestras riquezas, vestid una túnica oscura rayada de negro, y salid por la noche.

Podrá vuestro corazón ser semejante á los incensarios que los mendigos agitan en las plazas, podrá cantar tiernas canciones; ninguna le hará la limosna de amor. Todas pasarán diciendo: «¡Para qué, este infeliz ni siquiera tiene babuchas!»

Que el hombre rico tiene la prueba de la túnica oscura. Feliz aún, si de vuelta en su morada, encuentra á alguna que le habría hecho la limosna de amor si hubiese tenido babuchas.

Ahmed l'Hamza.)

Aquellas jóvenes que hablaban junto á la cisterna seca me pidieron les hiciese una poesía. Aguardaban, burlonas y rientes.

Y como la hora pasaba, improvisé una poesía sobre las jóvenes. ¿Podría encontrar tema mejor?

Y como me felicitaron por ella, grabé la poesía en mi memoria á fin de repetíroslo.

«¡Oh jóvenes que reís! mi corazón ¡no semeja esta cisterna!
¡Tantas jóvenes saciaron su sed en él, tantas lo han agotado!

»Primero, sólo querían jugar, y porque la onda de mi corazón era límpida se miraban en ella largamente.

»Luego, han vuelto, con rostros graves, con ojos imperativos, con sus manos en forma de copa.

PROMETEO

»Y como la onda de mi corazón ya no era límpida no reconocían su rostro en ella, pero sus palmas continuaban en forma de copa, porque ¡oh jóvenes que reís! la gacela sedienta sólo atiende á su sed.»

(Id.)

*
* *

Cuando mi amada venga á mí, la noche de los desposorios, quiero que esté vestida con un traje verde como el estandarte del Profeta.

Las siervas no cubrirán las baldosas de palmas y corolas, porque quiero ver si el mármol no se estremecerá bajo sus pies.

Cuando mi amada venga á mí, la noche de los desposorios, quiero que detengan el atanor, del patio, para oír más claro el canto de mi corazón.

Cuando mi amada me haya abierto sus brazos, las siervas retirarán todas las lámparas, y aún quedará deslumbrado.

(*Califa Osmán.—De la dinastía de los Ameyas.—Córdoba.*)

(*Ricardo Baeza traduxit.*)



EL PERFECTO CASADO

(Cincuenta párrafos para ser feliz)

POR EMILIANO RAMÍREZ-ÁNGEL

§ 1. Si tu mujer no fuese encantadora, afirma lo contrario á todos los amigos que tengas, hasta que acabes por creerlo tú mismo;

2. y si encuentras en la calle á un amigo casado, no le preguntes:—¿Es bonita tu mujer?—Si no.—¿Es buena?

3. No hables nunca á tu mujer de la novia ó novias que tuviste antes de casarte con ella: prefieren más un yermo que un camposanto,

4. pero déjala que ella, en cambio, te cuente sus caprichos amorosos, porque les enoja más una austeridad que un catálogo.

5. Si eres empleado, dile lo mucho que trabajas, lo pesado que es el Jefe y lo árida que es tu vida en el Negociado,

6. y si por una de esas casualidades, tan frecuentes en el mundo, eres escritor, no le leas tus novelas.

7. De novias, las novelas despiertan á la mujer,

8. y de casadas las aduermen;

9. palabra de honor.

PROMETEO

10. Cuando salgas por la noche sin tu esposa, procura pasarte al regreso por La Mallorquina, la Viña II., casa de Morán, etc..., y al entrar en la alcoba deposita sobre la mesa un misterioso y fragante paquetito;

11. porque para evitar cuestiones matrimoniales, nada hay mejor que un bocadillo de jamón,

12. ó dos.

13. Fíjate que la mujer, durante el día, murmura algunas veces y hasta se atreve á calificar de malo tu buen genio,

14. y que al llegar la noche á la casa y tú á la alcoba, se dulcifica inesperadamente.

15. No tengas *choubeskys* ni termómetros en tu domicilio, ni tampoco almanaques ni relojes para averiguar la temperatura y la hora de vuestra vida conyugal.

16. D. Pedro Antonio de Alarcón, que á veces tenía talento, dijo refiriéndose á la mujer, que «la mano es el termómetro del amor, los ojos son el barómetro y el corazón es el cronómetro».

17. Así, pues, examina todas esas bellezas de tu mujer y aun completa el examen con las demás que quieras, y serás feliz.

18. Procura, cuando salgas de casa, dejar como olvidada alguna carta encima de tu mesa ó algún documento cualquiera en los bolsillos de tu americana vieja,

19. con el inocente propósito, nada más, de que los lea tu mujer. Mujer que no curiosear, mujer que no ama,

20. á pesar de que esta sencilla manifestación de celos la juzguen nefanda ciertos novelistas eróticos que tienen cuatro hijos legítimos y ocho novelas dudosas.

21. Si tu mujer comete cualquier torpeza repréndela fuertemente, cruelmente, sañudamente,

22. á golpe de besos, para que cada golpe te dé una flor y todo el cuerpo de la Amada esté cubierto con esas divinas erosiones;

23. Además, suave y tenazmente, procura que vaya sabiendo de todo un poco, grabando la letra y penetrando en el espíritu;

24. pero que, en la hora epitalámica sea absolutamente analfabeta.

25. Guarda para la esposa todo lo que por innecesario, no prodigaste á la concubina.

26. Infiltrála el amor á los caminos nobles de la Moncloa y al zurcido laborioso de los calcetines,

27. y hazte el distraído cuando ella refiera á la vecina, de balcón á balcón, dulces confidencias que le interesen poco á la vecina.

28. Cuando vayais de visita ó de viaje, debes mantenerte circunspecto, prudente, y hasta frío, á tal punto que arranques al viajero ó al pariente esta exclamación desolada que puede ser tu mayor blason: «¡Si no parecen casados!...»

29. Y en la calle, en el paseo, en el camino, vé frívolo, jaranero y locuaz con ella, dando á tus palabras y á tus ademanes ese aire encantador de noviazgo.

30. Que en cierta ocasión, para fortuna tuya, suscitara en un guarda ciertos recelos que le impulsaran á llevaros á la Comisaría correspondiente.

31. ¿Qué importa que el parecer novio, siendo casado, te cueste alguna vez abonar veinticinco pesetas en un juzgado Municipal?... La Vicaría se halla en muchas partes.

32. Nada digo de que halles defectos, aunque no los tengan, á todas las amigas de tu esposa, ni de otras pueriles galanterías semejantes.

33. Ya que se ha escrito mucho de todo esto y el corazón, cuando quiere bien, no necesita bibliotecas.

34. Sé limpio, metódico y cuidadoso: el orden es poesía y la pulcritud también. Yo cuando veo á cierto poeta desastroso y con me-

PROMETEO

lenas, digo, bajo la inspiración de Sherlock-Holmes: «Ese no se ha casado.»

35. Cuida no salir solo de tu vivienda mas que cuando tus deberes lo ordenen. No hay casa más amable que aquélla donde vive nuestra esposa. La poesta doméstica, en varias ocasiones cantada, es incomparable. No importa que, en casos especiales, principie en unas zapatillas, y, con permiso de Balzac, acabe en un prosáico gorro de dormir, haciendo escala en los ojos de tu mujer. Que no pase de todas estas vulgaridades tu vulgaridad.

36. Porque no lo olvides: debes despojar á tu vida de toda pompa, aparato, fastuosidad y abalorios. Sé sencillo siempre hasta cuando hables á tus acreedores. Ten un amor franciscano hacia todo lo que adobe tu vivir doméstico. Dí: «Hermano gato, hermano jilguero, hermana hortensia, hermana criada y hermana suegra.»

37. Deja que tu esposa vaya á misa todos los días de precepto, aunque no sea nada más que por aquello que dijo el filósofo de que «una mujer sin fe es una flor sin aroma».

38. No frecuentes las relaciones con esos parientes absurdos que se llaman tías, cuñadas y primos segundos, en honor á aquel sabio refrán que dice: «Parientes y trastos viejos, pocos y lejos.»

39. Y si tu mujer guarda una muñeca desde cuando era niña, toleraselo, porque la pobre piensa, sin lastimarte, en el hijo que no le das.

40. Cuando la halles en el tálamo, acuérdate más de que eres oficiente que marido y de que muchas veces el lecho parece un altar.

41. No te incomodes si tu esposa murmura «¡Lagarto, lagarto!» cuando tú digiste «¡Culebra!...» y con tus mejores sonrisas desvanece ese gesto trágico que hace cuando, á la hora de comer, se vierte la sal.

42. Si alguna vez, dominada por los nervios, te chilla, sonríete.

43. Si en otra ocasión crítica cierta mirada demasiado tenaz que dirigiste á alguna amiga suya, sonríete.

44. Si por ventura se lamenta de alguna inconsecuencia de su señora madre, sonríete.

45. Y si rompe un par de zapatos todos los meses, ten la bondad de no sonreírte, porque podría costarte caro.

46. Finalmente: si por los procedimientos más eficaces que tu bondad te sugiera, logras de ella: que sepa vestirse de tal modo que no llegueis tarde nunca al teatro ó á la visita ó al andén;

47. que vivas en paz con tus señores padres políticos;

48. que te tenga preparados cuellos y puños para la ocasión más inesperada;

49. que no diga nunca que cuando eras novio suyo la querías más y mejor;

50. serás feliz, totalmente feliz, todo lo feliz que pueda serlo un hombre que amaba á todas las mujeres, como lord Byron, se casó con una sola, y acabó en un *chisolonghi* de una calle de tercer orden...



Los placeres dolorosos.

POR RAFAEL CANSINOS-ASSENS

ESTE amor ha sido para mí, más doloroso que una enfermedad: más que el parto y la circuncisión.

Mi cuello se ha torcido, como el de un vendimiador bajo el peso del fruto; mis ojos se han oscurecido; como el hijo y la madre se agitan en el parto, así nos hemos agitado los dos.

Mi cuerpo ha quedado rendido como el de los que en las procesiones conducen el gran Falo: mi alma ha quedado fatigada cual si fuese de carne: rendido y triste, he quedado tendido en los umbrales de la muerte.

*
* *

¡Oh mujer! tu amor es violento como una tempestad ¡eres grande y terrible como un cataclismo: tus senos son fatigosos como montañas y tus manos hirvientes como las olas!

Entre tus brazos se está como en poder de la locura; la variedad de tus caricias hace temblar el corazón como un baño de aguas alternativas y arrastrado por tu vehemencia, se siente uno perdido como en alta mar.

¡Oh mujer! tu eres terrible como una locura de vino y de lascivia; que hace olvidar toda noción y transporta á un mundo todo

nuevo, hirviente y luminoso en su caos original: un mundo que se diría salido de tu vientre, negro y humeante como el mantillo de los prados.

¡Oh diabólica! Tus besos en la frente borran todo saber y tus manos satánicas crean con sus caricias un monstruo lascivo de dos sexos: el triste é insaciable Hérmafrodita vuelve á nacer de tu costado.

¡Oh mujer! con tus lascivas inversiones lo cambias todo totalmente: y entre tus dedos, las hilas de la diabólica madeja se entrelazan á tu capricho.

Tus satánicas manos ¡oh mujer! crean un mundo nuevo para la gloria del negro Emperador: y las más extrañas metamorfosis se operan con arreglo á tu voluntad: en tus manos mi cuerpo recobra la blandura del barro primitivo.

Tu amor es como una siniestra y fascinante pesadilla: en que se está palpitante é inquieto, bajo una constante inminencia: cuando se está libre de tus brazos, no se puede menos de gritar.

*
*
*

¡Oh diabólica criatura! Tu lascivia omnipotente juega con todos los poderes: con el tiempo y la forma y lo que hay más inmutable en cada uno: entre tus brazos uno se hace ómnipotente como un Dios.

Todo límite infranqueable queda superado por ti: tú eres la unión del opio y del alcohol y todos los poderes te obedecen; todo el poder del vicio se halla en ti.

Tu amor es confortante como un crimen y como un sacrilegio agranda los poderes del hombre: tu amor deja el cansancio de las grandes victorias.

*
*
*

PROMETEO

¡Hela! El hombre es poca cosa y debe sufrir su pequeñez: el tiempo y el cansancio velan sobre él inevitablemente y apenas si un momento puede hacerse semejante á los dioses.

Este amor, ha envenenado mi sangre y mi respiración; mi espalda cruje como un collar de dientes de búfalo y mis mejillas arden como dos fuegos: mi cabeza tiembla sobre mis hombros y mis ojos llvidos se cierran como los de los que mueren entre la nieve.

He besado sus senos estériles y su vientre infecundo como en las arenas del mar: mis labios se han llenado de amargor cual si hubiese absorbido el zumo de la adelfa.

Y rendido de la sobrehumana tarea, ante los pies de la Terrible, ha caído exánime: y ahora, fatigado y doliente como un enfermo, me arrastro en busca de un poco de sol puro. Y mi cabeza zumba sordamente como el tronco de un árbol expuesto á la intemperie.

II

Enfermo de impureza, oh mujer recta y sana, tu virtuosa hermosura es para mí bienhechora como una absolución; tus blancos senos son semejantes á dos piscinas llenas de agua lustral, y tu mirada es una iniciación celeste.

¡Oh mujer! tú eres como una Venus blanca y pura, serena en su vertical actitud; el placer que das tú, es blanco y nutricio como un pan.

De tu cuerpo sereno y pesado, trabajado por una fructuosa lentitud, trasciende la solemne seriedad de la tierra, que engendra con dolor; tu belleza tiene la risueña melancolía de los campos cultivados.

¡Oh mujer! tu tranquila belleza preside la pomposa sucesión de los frutos, preside los rebaños y el lento paso de los carros carga-

dos de abundancia: tu cabeza vacila bajo una diadema de frutos y tus dedos osados llevan la cuenta de la prosperidad.

¡Oh mujer! tú eres dulce y fecunda como una tierra laborada: nada hay lascivo en ti y en tu vientre palpita la paz de las cisternas.

Yo amo tus dos senos quemados por los fuegos de la maternidad; yo amo tu vientre, ajado por el dolor fecundo y tu frente que ha salido victoriosa tantas veces de entre los velos de la muerte.

Mi alma, cansada de los malos amores, tienda hacia ti como hacia un blanco sanatorio: oh mujer, oh madre, dame otra vez la vida, mi puesto en tu regazo y el beso de perdón.

— LAS CUATRO GRACIAS —

La mujer de la mañana, es la alegre muchacha que recorre la casa cantando; la que pone la rosa nueva en los jarrones sobre los balcones á la luz.

Sus ojos son diáfanos y su voz fresca en la risueña hora en que todo renace y bajo el traje claro, su joven corazón palpita infamemente.

Ella es la ingenua muchacha de los cromos, bella y sencilla como las flores del campo en que nació; el agua de la fuente, y sus hábiles manos hacen su hermosura cada día.

Su risueña belleza tiene el encanto de la juventud; en sus mejillas florecen las rosas de la salud y su frondosa cabellera ondula á los vientos como un campo de espigas.

Ella es la sana criatura que envidian el viejo y el asceta, pero su corazón ignorante se mantiene sereno en medio del cerco del amor.

PROMETEO

Su amor está todo en las coplas que canta; pero su alma aún no ha sentido el dolor de la llama; ella es el travieso amor que corre por los verdes prados y paca la tierna florecita; ella es alegre y pura como la mañana.

* * *

¡Oh mujer que, enfrente de tu amante desfalleces de pasión! tú eres la mujer del mediodía: el sol se ha elevado en los cielos y el amor, con su llama ha inflamado tu corazón.

Tus negros ojos, tus cabellos, son de un color total y absoluto; y en tu cara morena se advierte una terrena fatalidad.

Tú eres la mujer que ama enteramente; tú eres la esclava de tu amante, la esclava de tu señor.

Bajo el imperio del amor, todo tu cuerpo tiembla; tu cara palidece y tus brazos se extienden afanosos como los de los moribundos; todo tu cuerpo se alarga hacia tu amado como la sombra de un agonizante y tus cabellos encrespados flotan sobre tu frente como las olas inquietas bajo las que el náufrago se hunde.

¡Oh mujer! tu amor es hambre y sed; tu amor es pobreza y enfermedad.

Tus labios se dilatan hacia los de tu amado como por el agua y el pan; tus manos ávidas buscan su cuerpo como un tesoro y tus entrañas absorben el fruto del amor, como la amarga hierba que nos hace sanar.

¡Oh mujer! tú eres la víctima del tirano cruel; tú eres el alimento del terrible dragón; en el amor como en un horno, toda tu frescura se consume.

Tú eres la mujer, nacida para el varón; tú eres la costa para el buque y la ola en que el áncora incontrastable se sumerge.

Tú eres la esposa del hombre y la madre del niño; tus senos, tus caderas, son los aparatos de la fecundidad.

La violencia de tu amor tiene un casto misterio y una gravedad casi religiosa, un divino terror te embarga en el solemne sacrificio.

Tu amor no es un frívolo juego, es un sacro suplicio, un fecundo dolor; tu garganta solloza como la de la madre, cuyas entrañas tortura la maternidad y tu cuerpo se abre como la tierra que divide la reja del arado.

Tu amante aún no te ha visto sin velos; y sólo tus ojos llameantes han rasgado las tinieblas de que rodeas tu amor.

Tu corazón ha amado en medio de la primavera, en el prado fragante y entre la alta hierba; en medio del fecundo espectáculo has abierto corazón al germen de la vida.

¡Oh mujer! tú eres el amor fecundo, que hace eterna la vida; y que está unido á las constelaciones; tus ojos no han gustado nunca de tu hermana.

¡Oh mujer! cuando te ven mis ojos una noción fundamental penetra en mi espíritu y toda liviandad huye de mí; tú eres el sacro instrumento de la fecundidad y de ti sale la cosecha que se recoge en el medio día.



En el crepúsculo, cuando la niebla otoñal envuelve los paisajes, y una sensual melancolía torna vago el deseo, mi corazón se vuelve á ti ¡oh mujer sutil y vaporosa!

Tú eres la mujer del amor caprichoso, de la aventura y del olvido; tú eres el corazón artificial que sólo se halla en las ciudades industriales.

Tus ojos azules, tus rubios cabellos hacen indecisa tu figura y entre las blancas gasas que te cubren, tu cuerpo no es más pesado que ellas.

PROMETEO

El azul de tus ojos que hace soñada la línea de tu cara, no es de violeta ni de lirio; y tus rubios cabellos que rodean de un ensueño la realidad de tu semblante, tienen ese matiz que sólo posee el pintor.

Oh mujer, tú eres la garita y la serpiente; cuando tu coche te lleva á través de las calles, en tu mirada serena y fría como una aurora boreal, una ambigua luz se eleva y un voraz pensamiento crece bajo tu frente.

Tus dientes agudos brillan traidores entre tu sonrisa; tu espalda tiene la curva nerviosa de las fieras y un hastío de tigresa ó leona, te hace morder hojas de rosa y diminutos caramelos.

Tú eres la inquieta criatura de uñas finas y astutas; y labios de vampiro, que agotaría la inmensa mar sin conmoverse.

Tú eres la indecisa criatura que mi espíritu sueña: los senos diminutos que decoran tu pecho no están formados para la maternidad, la emoción del amor quebrantaría tu talle y tu alma inquieta y caprichosa sólo busca, á través de la ciudad, esas Eros de barro, lindas y deleznales, que se quiebran en las manos de las niñas.



Hay una mujer de la media noche, hermana de la corneja y del gato errabundo; cuya figura nos aguarda en las calles negras adonde nos lleva la desesperación.

Sus cabellos son grises, sus ojos apagados se funden en la indecisa claridad de la madrugada; y sus pálidas arrugas en su pálida cara son como esos senderos que se pierden en la inmensa tristeza de los campos.

Su cara borrosa no expresa ya ni pena ni alegría; su traje obscuro la envuelve como una mortaja y un alma confusa se adivina vagamente á través de su cuerpo.

Oh mujer, en la media noche, al final de las horas, quisiera recoger tu caricia final; cuando te veo, mi alma percibe clara la visión de todo lo que se ve en las horas.

Mi ardor se ha agotado, mi esperanza se ha extinguido cuando apareces tú, y yo quisiera hundirme en la sombra de tus senos, como en el mismo fondo de la muerte.



VIDAS IMAGINARIAS

POR MARCEL SCHWOB

PETRONIO, NOVELISTA



NACIÓ en días en que histriones, vestidos de trajes verdes, hacían saltar cerdos amaestrados por aros de fuego; en que barbudos porteros, de túnica cereza, desgranaban guisantes en un plato de argento, ante los mosaicos galantes, á la entrada de las quintas; en que los libertos, provistos de sestercios, solicitaban en las villas de provincia las funciones municipales; en que recitadores cantaban á los postres poemas épicos; en que el lenguaje estaba todo sazonado de palabras de ergástula y de ampulosas redundancias venidas de Asia.

Su infancia transcurrió entre tales elegancias. No se ponía dos veces una lana de Tiro. Hacía barrer la argentería, caída en el atrio con las sobras. Las comidas estaban compuestas de cosas exquisitas é inesperadas, y los cocineros variaban sin cesar la arquitectura de las vituallas. No había que asombrarse si al abrir un huevo se encontraba dentro un becafiño, ni temer partir una estatuilla imitada de Praxiteles y esculpida en *fote-gras*. El yeso que sellaba las ánforas estaba diligentemente dorado. Cajitas de

marfil indiano encerraban ardientes perfumes destinados á los concurrentes. Los aguamaniles eran tallados en diversas formas, y llenos de aguas coloreadas que sorprendían al brotar. Toda la cristalería figuraba monstruosidades irisadas. Al coger ciertas urnas, las asas se rompían bajo los dedos y los flancos se dilataban para dejar caer flores artificialmente pintadas. Pájaros de Africa, de cabeza escarlata, parloteaban en jaulas de oro. Tras las rejas, incrustadas en las ricas paredes, aullaban multitud de monos de Egipto que tenían caras de perro. En receptáculos preciosos rampaban bestias sutiles, con suaves escamas rutilantes y ojos radiados de azur.

Así Petronio vivió muellemente, creyendo que el mismo aire que aspiraba estaba perfumado para su uso. Cuando llegó á la adolescencia, después de encerrar su primera barba en un cofrecillo cincelado, comenzó á mirar en torno suyo. Un esclavo, de nombre Syro, que había servido en la arena, le mostró las cosas desconocidas. Petronio era pequeño, muy moreno, y bizcaba de un ojo. No era de raza noble. Tenía manos de artesano y un espíritu culto. De ahí que encontrase placer en modelar las palabras y en inscribirlas. No se parecieron á nada de lo que los poetas antiguos habían imaginado. Porque se esforzaban en imitar todo lo que rodeaba á Petronio. Y sólo más tarde nació en él la enfadosa ambición de componer versos.

Conoció, pues, gladiadores bárbaros y charlatanes de plazuela, hombres de mirada oblicua que parecen espiar las legumbres y descuelgan los trozos de carne, muchachos rizados paseando á senadores, viejos parlanchines que discurrían de los asuntos de la ciudad junto á las esquinas, criados lascivos y siervas pícaras, vendedores de fruta y hosteleros, poetas harapientos y prostitutas medradas, sacerdotisas equívocas y soldados errantes. Mantenía sobre ellos su ojo bizco, sorprendiendo exactamente sus maneras y

PROMETEO

sus intrigas. Syro le condujo á los baños de esclavos, á las celdas de las meretrices y á los subterráneos en que los comparsas del circo se ejercitaban con sus espadas de madera. A las puertas de la ciudad, entre las tumbas, le contó las historias de los hombres que cambian de piel, que los negros, los sirios, los taberneros y los soldados guardianes de los cruces de suplicio se transmitían de boca en boca.

Hacia el trigésimo año, Petronio, ávido de esta libertad diversa, comenzó á escribir la historia de esclavos errantes y libertinos. Reconoció sus costumbres entre las transformaciones del lujo; reconoció sus ideas y su lenguaje entre las conversaciones pulidas de los festines. Solo, ante su pergamino, apoyado en una mesa aromática de cedro, dibujó con la punta de su cálamo las aventuras de un populacho ignorado. A la luz de sus altos ventanales, bajo las pinturas de los artesonados, se imaginó las antorchas humeantes de las hosterías, y ridículos combates nocturnos, molinetes de candelabros, cerraduras forzadas á hachazos por los esclavos de justicia, catres grasientos plagados de chinches, y reprensiones de intendentes en medio de un hacinamiento de chusma, vestida de cortinas desgarradas y trapos sucios.

Se dice que cuando hubo acabado los diez y seis libros de su invención, hizo venir á Syro para leérselos, y que el esclavo reía y gritaba palmoreando. En ese momento concibieron el proyecto de poner en ejecución las aventuras compuestas por Petronio. Tácito narra equivocadamente que fué árbitro de las elegancias en la corte de Nerón, y que Tigelino, celoso, le hizo enviar la orden de muerte. Petronio no se desvaneció delicadamente en una bañera de mármol, murmurando poemitas lascivos. Huyó con Syro, terminó su vida recorriendo los caminos.

Su aspecto le facilitó el disfraz. Syro y Petronio llevaron, por turno, la saca de cuero que contenía sus andrajos y sus denarios.

Acostáronse al aire libre, junto á otros sembrados de cruces. Vieron lucir tristemente en la noche las lamparitas de los monumentos fúnebres. Comieron pan agrio y aceitunas rancias. No se sabe si robaron. Fueron magos ambulantes, charlatanes de campiña, y compañeros de soldados vagabundos. Petronio olvidó enteramente el arte de escribir apenas vivió la vida que había imaginado. Tuviron amigos traidores, que amaron, y que les abandonaron á las puertas de los municipios sacándoles hasta el último as. Cometieron todos los libertinajes con gladiadores evadidos. Fueron barberos y mozos de termas. Durante muchos meses vivieron de panes funerarios que hurtaban en los sepulcros. Petronio asustaba á los viajeros por su ojo opaco y su negrura, que parecía maliciosa. Una tarde desapareció. Syro pensó encontrarlo en una celda mugrienta donde habían conocido á una ramera de cabellos enmarañados. Pero un truán borracho le había hundido un gran cuchillo en el cuello, mientras yacían juntos, á campo raso, sobre las losas de una bodega abandonada.

MM. BURKE Y HARE, ASESINOS

M. William Burke se elevó de la condición más baja á una fama eterna. Nació en Irlanda y debutó como zapatero. Ejerció este oficio durante muchos años en Edimburgo, donde se hizo amigo de M. Hare, sobre el cual tuvo una gran influencia. En la colaboración de MM. Burke y Hare, no cabe duda de que el poder inventivo y simplificador pertenecía á M. Burke. Pero sus nombres quedan inseparables en el arte como los de Beaumont y Fletcher. Vivieron juntos, trabajaron juntos y juntos fueron cogidos. M. Hare no protestó jamás contra el favor popular que recayó más particu-

PROMETEO

larmente sobre la persona de M. Burke. Un desinterés tan completo no ha recibido su recompensa. Es M. Burke quien ha legado su nombre al procedimiento especial que honró á ambos colaboradores. El monosílabo *burke* vivirá largo tiempo aún en los labios de los hombres, que ya la persona de Hare habrá desaparecido en el olvido que se derrama injustamente sobre los trabajadores oscuros.

M. Burke parece haber aportado á su obra la mágica fantasía de la isla verde en que naciera. Su alma debió empaparse en los relatos del folklore. Hay, en lo que hizo, como un lejano relente de las *Mil y una noches*. Semejante al califa, errante por los nocturnos jardines de Bagdad, deseó misteriosas aventuras, con la curiosidad de relatos desconocidos y personas extranjeras. Semejante al gran esclavo negro armado de una pesada cimitarra, no encontró más digna conclusión á su voluptuosidad que la muerte del prójimo. Pero su originalidad anglo-sajona consistió en que logró sacar el partido más práctico de sus imaginaciones de Celta. Terminado su goce artístico ¿qué hacía el esclavo negro, decidme, de aquellos á quienes había cortado la cabeza? Con una barbarie absolutamente árabe los despedazaba en tajadas para conservarlas saladas, en un sótano. ¿Qué provecho sacaba? Ninguno. M. Burke fué infinitamente superior.

En cierto modo, M. Hare le sirvió de Dinarzada. Parece como si el poder de invención de M. Burke fuera especialmente excitado por la presencia de su amigo. La ilusión de sus ensueños les permitió servirse de un desván para alojar pomposas visiones. M. Hare ocupaba un pequeño gabinete, en el sexto piso de una alta casa, muy poblada, de Edimburgo. Un diván, un gran cajón y algunos utensilios de tocador, sin duda, componían casi todo el mobiliario. Sobre una mesita, una botella de whisky con tres vasos. Por regla general, M. Burke no recibía más que una persona á la vez, nunca

la misma. Su costumbre era invitar á un transeunte desconocido, al anochecer. Erraba por las calles, para examinar los rostros que le inspiraban curiosidad. Algunas veces elegía al azar. Se dirigía al extranjero con toda la urbanidad que hubiera podido usar Hazún-Al-Raschid. El extranjero escalaba los seis pisos del desván de M. Hare. Cedíanle el sofá; le ofrecían whisky de Escocia. M. Burke le interrogaba sobre los incidentes más notables de su existencia. Era un auditor insaciable este M. Burke. El relato era siempre interrumpido por M. Hare, antes de que apuntase el día. La forma de interrupción de M. Hare era siempre la misma y muy imperativa. Para cortar el relato, M. Hare tenía costumbre de pasar detrás del sofá y de aplicar sus dos manos sobre la boca del cuentista. En el mismo momento, M. Burke venía á sentarse sobre su pecho. Ambos, en esta posición, soñaban, inmóviles, en el final de la historia, que jamás oían. De este modo, MM. Burke y Hare terminaron un gran número de historias que el mundo no conocerá.

Cuando el cuento se detenía definitivamente, con el aliento del cuentista, MM. Burke y Hare exploraban el misterio. Desnudaban al desconocido, admiraban sus joyas, contaban su dinero, leían sus cartas. Algunas correspondencias no carecieron de interés. Luego, ponían el cuerpo á enfriarse en el gran cajón de M. Hare. Y aquí, M. Burke mostraba la fuerza práctica de su espíritu.

Importaba que el cadáver estuviese fresco, pero no tibio, á fin de poder utilizar sin mengua el placer de la aventura.

En aquellos primeros años del siglo, los médicos estudiaban con pasión la anatomía; pero, á causa de los principios religiosos, encontraban mucha dificultad en procurarse sujetos para diseccionarlos. M. Burke, como espíritu claro, se había dado cuenta de esta laguna de la ciencia. No se sabe cómo, se relacionó con un venerable y sabio práctico, el doctor Knox, que explicaba en la Facultad de Edimburgo. Quizás M. Burke había seguido cursos públicos, aun-

PROMETEO

que su imaginación debiera inclinarse más bien hacia los gustos artísticos. Lo cierto es que prometió al doctor Knox ayudarle en todo lo posible. Por su parte, el doctor Knox se comprometió a retribuirle sus trabajos. La tarifa iba decreciendo desde los cuerpos de jóvenes hasta los cuerpos de viejos. Estos interesaban mediocremente al doctor Knox. Era también la opinión de M. Burke, porque de ordinario tenían menos imaginación. El doctor Knox se hizo célebre entre todos sus colegas por su ciencia anatómica. MM. Burke y Hare aprovecharon la vida como *dilettanti*. Conviene, sin duda, colocar en esta época el período clásico de su existencia.

Porque el genio omnipotente de M. Burke le arrastró pronto fuera de las normas y reglas de una tragedia, en que había siempre un relato y un confidente. M. Burke evolucionó por sí mismo (sería pueril invocar la influencia de M. Hare) hacia una especie de romanticismo. No bastándole ya la decoración del desván de M. Hare, inventó el procedimiento nocturno en la bruma. Los numerosos imitadores de M. Burke han empañado algo la originalidad de su manera. Pero he aquí la verdadera tradición del maestro.

La fecunda imaginación de M. Burke se había cansado de los relatos eternamente semejantes de la experiencia humana. Nunca el resultado había correspondido á su esperanza. Llegó á no interesarse más que en el aspecto real, siempre variado para él, de la muerte. Localizó todo el drama en el desenlace. La calidad de los actores no le importó ya. Los reunió al azar. El accesorio único del teatro de M. Burke fué una máscara de tela llena de pez. M. Burke salía durante las noches de bruma, con esta máscara en la mano. Iba acompañado de M. Hare. M. Burke esperaba al primer transeunte, caminaba delante de él, luego, volviéndose, le aplicaba la máscara de pez sobre el rostro, súbita y sólidamente. Inmediatamente MM. Burke y Hare se apoderaban, cada uno por

un lado, de los brazos del actor. La máscara de tela llena de pez presentaba la simplificación genial de ahogar á la vez los gritos y la respiración. Además, era trágica. La bruma esfumaba los ademanes del papel. Algunos actores parecían mimar la embriaguez. Terminada la escena, MM. Burke y Hare tomaban un *cab*, desequipaban al personaje; M. Hare vigilaba las ropas, y M. Burke subía su cadáver fresco y limpio á casa del doctor Knox.

Y aquí, desacorde con la mayoría de los biógrafos, dejaré á MM. Burke y Hare en medio de su aureola de gloria. ¿Para qué destruir tan bello efecto de arte siguiéndoles lánguidamente hasta el fin de su carrera, revelando sus desalientos y sus decepciones? Sólo se les debe ver máscara en mano, vagando en las noches de bruma. Porque el término de su vida fué vulgar y semejante á tantos otros. Parece que uno de ellos fué ahorcado y que el doctor Knox tuvo que abandonar la Facultad de Edimburgo. M. Burke no ha dejado más obras.

(Ricardo Baeza traduxit).



Los Reposorios de la Procesión.

POB SAINT-POL-ROUX

EL CALVARIO INMEMORIAL



A buena brisa del ensueño me empujaba á la aventura, entre los techos de paja, sobre el sólido río de los caminos que bordea la tierna esperanza, donde pacen los carneros, esas ruelas vivientes.

Bajo los gallos de metal en los torreones divinos, sonaban con ritmo igual el ala de los molinos y la aleta de los arados.

Solitario, caminaba, apartándome sólo una vez ante la ingenua diligencia añeja: avispa de dardo de látigo que, de aldea en aldea, revoleta y recoge el animado botín que pronto amasará la colmena de la Villa.

En cierto recodo del camino, sin duda lugar de adiós de los reclusas, ví súbitamente un Calvario.

Había que adivinar el Cristo, tan gastado estaba.

Se erigía junto á un ciprés secular, de frutos semejantes á gotas de sangre.

Sentí una gran pena, porque Jesús parecía sufrir más en su decrepitud. Era como un andrajo de piedra colgado allí en otro tiempo, y olvidado.

En torno, dormitaban las grandes Flores de Soledad.

Dije:

—«¿Cómo te compadezco, Crucificado!... ¿Pero por qué tal miseria?... ¿No te habían clavado bello y grandioso en el sicomoro de granito? Y ahora, apenas te veo con los ojos del alma. Responde, ¡oh padre fraternall, ¿sería la forma polvo superpuesto que aventaría á su paso el ala familiar de los Pájaros del Tiempo? ¿O acaso te hicieron con la sal de las lágrimas, y las grandes lágrimas de la lluvia te han disuelto? ¡Habla, hermano paternall!... Bien hablaste, en la época de calma, á la Bella de Samaria.»

Jesús me respondió...

¡Oh!, no hablaba, ya sin labios, sin lengua, sin boca, ¡oh! no hablaba... Pero el andrajo de piedra prodigaba abejas, y cada abeja era una vocal con dos alas de consonantes.

Y oí esta miel:

«¡No, no es la lluvia, no, no es el tiempo! Aunque estoy aquí desde hace siglos, elevado por mujeres pías que serían muy viejas si todavía viviesen, y que están en Paraíso, muy jóvenes por haber muerto! ¡No, no es el tiempo, no, no es la lluvia! Aunque ha llovido muchas veces para el placer de las flores y la gloria de los manzanos. ¡No, no es eso! Pero, á esta encrucijada, acuden desde hace años todos los tristes de la comarca. Desde hace años y años, peregrinan hacia mí los mendigos del alma y de la carne marchitas; y todos, subiendo los escalones del Calvario, besan febrilmente mi imagen saludable.»

—«En verdad, Jesús, la presencia de los besos se advierte en

PROMETEO

la ausencia de la piedra que se fué con los labios que pasaron.»

—«Escucha aún. Cada beso define el sufrimiento que lo deposita. Así, el Loco, besa mi frente; el Ciego, mis ojos; el Mudo, mi boca; el Sordo, mis oídos; el Cojo, mis piernas; el Manco, mis manos y mis brazos, y mi corazón tiene el beso de las Magdalenas de Caricias. Estos dolientes reunidos significan el Dolor Humano entero, y sus besos esparcidos concurren al mismo fin trabajando mi piedra benévola.»

—«¿Qué fin es ese, Verbo hecho enjambre de abejas?»

—«¡Mi Alma! Mi Alma Divina que anida ingenuamente bajo la forma terrestre. Mi alma es para ellos la Esperanza admirable, y si supiesen no cosecharla un día bajo el arado de sus besos, estos peregrinos adorarían la zizaya blasfemadora y perderían para siempre la fe en el Paraíso.»

—«¡Oh tu Alma Divina!» clamé, transportado como un amante divino.

Entonces, subiendo los escalones del Calvario, abracé el redentor sicomoro y besé con ardor el andrajo de piedra en el sitio presunto de los ojos, de las manos, de los pies, del corazón, de la frente, porque el poeta es el Sufrimiento Humano entero.

Tan numerosos fueron mis besos que, de la imagen abolida, brotó al fin el Alma Divina, el Alma esperada desde hacía años y años por los mendigos del alma y de la carne marchitas...

Mi corazón, súbitamente arrebatado por este primer diamante de la invisibilidad, se abrió como un fanático girasol frente al astro.

Y tuve que quedar allí, virgen, inmutable, secularmente.

Sólo me habían visto las grandes Flores de Soledad.



AVES

Los ojos fugados de la frente de los ciegos se convierten en aves.

—¡Los pequeños, pase todavía! diréis, ¡pero y los grandes!...

En los grandes no veais más que ojos exorbitantemente esparcidos desde tiempos inmemoriales.

¡Qué fuerza, además, podría impedir crecer á los ojos, una vez en el libre azur!

* * *

Reyezuelo: ojo de bebé.

Abejaruco: ojo de niña.

Curruca: ojo de chico.

Bengalí: ojo de infante.

Pinzón: ojo de paje.

Pardilla: ojo de bohemia.

Gorrión: ojo de golfo.

Alondra: ojo de pastor.

Nevatilla: ojo de lavandera.

Hortelano: ojo de vicario.

Ruiseñor: ojo de poeta.

Golondrina: ojo de bayadera.

Pícoverde: ojo de peregrino.

Jilguero: ojo de quinto.

Martín-pescador: ojo de marinero.

Murciélago: ojo de ramera.

Cuco: ojo de gorrón.

Tordo: ojo de borracho.

Mirlo: ojo de satírico.

Estornino: ojo de contribuyente.

PROMETEO

Pato: ojo de mendigo.
Cotorra: ojo de histrión.
Tórtola: ojo de religiosa.
Torcaz: ojo de amante.
Paloma: ojo de mártir.
Urraca: ojo de viuda.
Cuervo: ojo de enterrador.
Bubo: ojo de avaro.
Gaviota: ojo de corsario.
Gallo: ojo de torero.
Gallina: ojo de mujer casera.
Faisán: ojo de gentil-hombre.
Pava: ojo de magistrado.
Oca: ojo de canónigo.
Garza: ojo de cenobita.
Cisne: ojo de patriarca.
Lechuza: ojo de astrólogo.
Cormorán: ojo de felibustero.
Cigüeña: ojo de mago.
Condor: ojo de bandido.
Buitre: ojo de tirano.
Pavo-real: ojo de papa.
Aguila: ojo de emperador.
¡Y tantas otras!

*
* *

Prueba de que son alados: considerad los nidos.

¿No se dirían órbitas?

Van de clima en clima, de picacho en picacho, de landa en landa, de bosque en bosque, de rama en rama; y su reposo pone ojos sobre las cosas.

Cuando un ave se posa, la roca ó la rama nos vé, y sus miradas son, según el espejo de nuestra alma, bellamente ó feamente sonoras.

Así, es preciso esforzarse siempre en tener un alma clara, caminando con infinitas precauciones á través de la vida: porque no siendo ya de las frentes humanas, los ojos «caídos en el dominio público» se han convertido en ojos de la naturaleza.

¡Posible explicación del Dios que lo vé todo, asombro de nuestra infancia!

En efecto, Dios es la niña, el muchacho, el rico, el mendigo, el que sufre, el que goza, el que nos ayuda y el que nos pone á prueba, el que recompensa y el que castiga; es, en fin, todo el mundo á la vez.

¡No mateis pues las aves!

¡No cerreis sobre ellas el párpado de la muerte!

¡No extirpeis los ojos que vuelan!

¡No cegueis á Dios!



LA AUTOPSIA DE LA SOLTERONA

Sobre el mármol yacía el cuerpo viejo y de cera: hubiérase dicho un alma sólida, perceptible.

En torno, chanceaban tres Doctores, delantal blanco, pipa entre las mandíbulas, con un aire de tribunal decisivo y final.

—¡Oh la vecina de la iglesia, dedos jardineros del misal!... ¡Oh la que hablaba hojas muertas en la brisa!... ¡Oh la doncella sin camisa!...

Iban á ver si era verdad.

PROMETEO

Y los impíos separan como las agujas de un compás, queriendo darse cuenta, separan las dos piernas del cuerpo viejo y de cera...

«El pájaro no había hecho su nido.»

Contrariados, cacarean:

—Esto nada prueba, si no el miedo de la gazmoña á la tripa, y luego al pecado que mama... ¡Pero vamos á saber!

Y he aquí que deciden la sutil autopsia, en cierto modo de los sentidos.

Desparramando un ceceo de insectos crepusculares, de invisibles aceros—finas lenguas de áspides—inmediatamente conjugan el cadáver.

Incrédulos valeses se remontaban, en caracol, de las pipas bur-lonas...

*
* *

Sus Pies descubrieron peregrinaciones hacia la colina ingenua, donde la Firmamental inspiró, bajo el sello de su planta fugitiva, un ramo de agua consoladora. La caricia frecuente de un rosario y diversos tactos de objetos benditos emanaron de sus Manos.

De su Nariz fueron extraídos aromas de inciensos, de espinos, de cirios, de hierbas sepulcrales, de huesos milagrosos encerrados en los féretros de cristal.

Detrás de sus Dientes puros encontraron sabores de hostias, de pescados de carne blanca, de huevos, y la abstinencia de vinos y de golosinas.

Los dos Ojos produjeron, bajo la forma de diáfanas banderolas, miradas expresando las ceremonias de casullas arcancelestes, de

procesiones de estandartes laudatorios, y las visiones misericordiosas en que florecen una Virgen con lirios, un San Pedro con llaves, un Rorro grandioso fajado en el aliento de un asno.

Los Oídos entregaron multitud de sonoros lingotes de angelus, de preceptos pastorales, de órganos y de alabanzas; pero también, lejanamente, como á penas escuchadas, estas palabras, ya viejas de cincuenta años, palabras inútiles de un arrogante cabrero que pasó, núbil, bajo la inocente y cándida ventana, una mañana: «¡Magdalena, Magdalena, humildemente te amo; toma al cabrero y sus cabras, si me amas como yo te amo!»

*
* * *

A fin de ir hasta el corazón, fué abierto el pecho tan roído por el diente menudo del cilicio.

Brotó un perfume de presbiterio.

Luego, apareció el corazón, traspasado por siete puñales como el de la Dolorosa.

Entonces, se arrodillaron, reverentemente, entre las pipas caídas de las mandíbulas, y tres signos de cruz, hechas por las tres manos rojas sobre los tres delantales blancos, resucitaron vagamente tres Caballeros de Malta...

✱

¡EVOHÉ!

A Rachilde.

Lógico y sabio fuiste, pontífice de los tiempos de amor, que procesionaste, falo en tahalí, entre el pueblo celebrando la procreación que iguala el hombre al demiurgo.

En esos tiempos las imágenes divinas ocupaban el lugar de los retratos de familia, porque los dioses exaltados no eran más que

PROMETEO

individuos formidables, producto de la naturaleza y del espíritu humano, grandes hermanos sociables, susceptibles de admitir una banasta de vuestros hijos ó una copa de vuestra cepa, y á los que se coronaba con cardos ó con rosas como á simples compañeros de existencia.

Entonces se vivía la edad de la carne ofrecida al sol franco, la edad de las almas claras en cuerpos puros, la edad de las ninfas y de los faunos, de las vestales y de las bacantes, de los Fídias y de las gimnásticas espléndidas, la edad de la caricia, la edad de la vida.

Entonces, sólo un nombre ocupaba las conchas de destierro: el de Onán.

El pecado no existía aún.

Sólo se era pagano.

¡Maldito seas, pedagogo imbécil, maldito seas por haber enseñado á nuestra infancia la vergüenza de contemplar á la muchacha bonita que pasa!

¡Si una muchacha bonita que pasa es el buen Dios que se pasea!
¡Por qué, ¡oh pontífice moderno! tantas escamas sobre nuestros ojos!

Sin embargo, todo clamaba el amor en torno del Maestro nuevo que, para sellar su única ley, provocó el símbolo del Gólgota:

Jesús, el amor absoluto;

María, el amor familiar;

Juan, el amor estético;

Magdalena, el amor instintivo.

Bajo-relieve que firma Judas ahorcado; Judas á quien perdió un beso, un beso de todos modos.

Apoteosis del amor universal frente á la eternidad, tal es la verdadera tragedia cristiana.

Y esto se manifestaba mientras que, precursores de los futuros

sicofantes, Pedro y sus camaradas tiritaban de miedo en alguna cueva oscura entre alacranes y prudentes.

No estaban en la balanza, no, porque no amaban.

No, vosotros no amais, ¡oh gentes tímidas!, y todas vuestras lágrimas tardías al cantar el gallo jamás enfermarán vuestra cobardía legendaria.

Llorar estaba bien para las dulces mujeres del calvario. Verónica y las otras; amorosas también, á su santa manera.

Y guardado sólo por el Amor, ¡oh hermano, oh poeta, oh Jesús, divino legatario de Prometeo!, moriste sobre frases de amor que tus discípulos no oyeron.

Pero tú volverás alguna aurora, Dios de amor, volverás no importa bajo qué nombre de progreso y de porvenir, y esta vez para salvar tu templo, donde la fealdad y la ignorancia hacen el vacío; confiarás tu culto á gloriosas sacerdotisas de senos triunfales, y está seguro, ¡oh Mesías de mañana!, que al simple llamamiento de sus brazos blancos, levantados hacia el sol, el universo acudirá á comulgar en ti.

¡Redímenos por la ciencia y la belleza!

¡Evohé, Rachilde, evohé!

(Ricardo Baeza traduxit.)



POLÍTICA

POR ANGEL LAGUNA

LAS MANIFESTACIONES CATÓLICAS

No hay hace mucho tiempo quien seriamente deduzca las consecuencias de los actos más trascendentales que ocurren á nuestro alrededor.

La prensa *política*, convertida casi exclusivamente en prensa de *información*, no ejercita la crítica propia, ni se para á reflexionar sobre los acontecimientos que relata. A lo más, un juicio rápido y ligero el mismo día en que se verifica algo importante, y después nada. Nuevos hechos y nuevos comentarios rápidos. Parece como que aparentemente se borran las estelas más profundas en este sucederse de impresiones y de hechos, que van tejiendo la historia diaria, y en donde encontramos confundidos lo insignificante, que forma legión, con lo excepcional que puede cambiar la faz de un país.

Esa superficialidad, ambiente que se trasmite del escritor á los lectores, del periodista á la masa, todo lo confunde y lo embrolla; y

así nos pueden sorprender los sucesos y los cambios más trascendentales, como acaba de acontecer en Portugal, por esta falta de meditación, por esa omisión del examen serio, y nadie se explica aquello que bien mirado, es lógico, fatal, indeclinable.

Somos, lo confesamos ingenuamente, los primeros equivocados, ante el inmenso y ridículo fracaso de las manifestaciones católicas. Creíamos de buena fe, al ver á los Obispos, á los jesuitas, á los aristócratas, á las grandes señoras, á los grandes plutócratas, preparando esa explosión del sentimiento religioso, que revestiría verdadera importancia, que tal vez tendría valor decisivo para provocar una radical crisis política; y aunque lamentándolo hondamente, á fuer de liberales, aunque deplorando ver á España sumida en un degradado obscurantismo, nos preparábamos á inclinar la cabeza ante una derrota de nuestros ideales provocada por la soberanía siempre respetable de los más, dispuestos por nuestra parte á seguir luchando, á seguir propagando ideas de progreso y emancipación para dejar de ser una vergonzosa y humillante excepción en Europa.

Creíamos firmemente que era mayor el número de los católicos militantes, y que las excitaciones y bendiciones papales, los violentísimos sermones predicados contra Canalejas desde muchos púlpitos, la misma libertad y tolerancia del Gobierno, conducirían á una imponente y formidable protesta que ningún hombre de honor se atravesaría á contrarrestar.

Pero con satisfacción inmensa vimos que nos equivocábamos; que las ideas liberales han progresado mucho, aunque calladamente, en España, y que en la juventud, por cada ser atávico y reaccionario hay 99 hombres que son ya de su tiempo, más ó menos católicos, más ó menos religiosos algunos, pero todos enemigos de las ingerencias de las Religiones en la marcha política de su país.

Y este hecho es el más trascendental que se registra en España

PROMETEO

hace dos siglos. Equivale á muchas revoluciones sangrientas, á cien catástrofes terribles, á todo lo que creíamos preciso para llegar á ese progreso increíble de abandonar á Obispos y curas en medio de la calle, cuando, alejados de su altar y de su iglesia, querían realizar un aplastante acto político de reacción.

Y esto sin que los prohombres liberales hubiesen hecho nada para contrarrestar las manifestaciones, para contradecir esa obra de retroceso; sin que el Gobierno, verdaderamente democrático, que nos rige, movilizara sus fuerzas en sentido de contraprotesta.

En un país llamado católico por autonomasia, sacar la cruz á la calle, hacer el Papa un llamamiento, no poder temer por obedecerle el menor peligro, y encontrarse los directores del movimiento con que se les vuelve las espaldas, convida á meditación profunda y á desechar los temores de esos peligros misteriosos que acobardaban á todos los ánimos progresivos.

La imprudencia, para nosotros sublime, cometida por los clericales, poniéndose á la luz del sol y creyendo que detrás de ellos saldría á la calle la Nación entera, después de demostrar su escasa fuerza, su debilidad, su aislamiento, debe alentar á los demócratas á proseguir su obra redentora, sin el miedo ya de una guerra civil, hasta hoy temida y temible, hasta hoy influyendo en los ánimos de los verdaderos patriotas que aplazaban indefinidamente su acción generosa.

Hemos contado el enemigo; era un vano fantasma, un ridículo enano; realmente es lógico que maldigan su iniciativa los torpes santones del clericalismo, que á buen seguro, pues de otro modo no se hubieran expuesto, creían ciegamente contar con la mayoría nacional.

El peso que á todos se nos ha quitado de encima, es enorme. ¡Quién no se hubiera detenido, creyendo estar solo, ante una

empresa que resultaba ilegítima intentada contra el parecer de todos?

El día 2 de Octubre debe escribirse con piedra blanca por toda la democracia española, mucho más numerosa de la que creíamos. Desvaneci6se la pesadilla tristísima, el gigante misterioso y sombrío, la montaña erizada de bayonetas y rosarios, en que el cura Santa Cruz y el jesuita Goiriena, esos dos cabecillas sanguinarios, de la última guerra civil á cuyo lado el monstruoso Nerón era un ángel de dulzura, incendiando, robando y despeñando trenes, fusilando ancianos, asesinando niños y mujeres, hicieron más daño á la Religión y al carlismo que los ejércitos liberales, siempre victoriosos. Todo eso acabó el 2 de Octubre. La prensa, el libro, las maldades de D. Carlos, las riquezas de los frailes arrancadas con la tea del infierno de la cabecera de los moribundos, en firmas temblorosas echadas con los pelos erizados de terror... han cambiado este pueblo. Queda en los viejos la lepra del fanatismo que los aniquila, en los de mediana edad el semi-contagio, en las mujeres la bacteria cultivada en la ignorancia siempre supersticiosa. Pero en los jóvenes no queda nada; en las mozas hay ya la convalecencia del mal de sus madres. Y cuando sólo sospechábamos algo de esto, el 2 de Octubre nos ha presentado en la plaza pública veinte millones de españoles cruzados de brazos ante cien mil dementes epilépticos repartidos por toda España como unas cuantas gotas de veneno impotente diluidas en el mar.

¡Y no hemos de cantar victoria ante esta batalla grandiosa, ganada sin sangre! La ceguera del enemigo lo lanzó á la pelea, sin ver que la hueste no le seguía.

Día santo para la libertad. Día de fiesta inmortal, imborrable. La España inquisitorial se había desvanecido, sin notarlo nadie, porque no se comentaba, ni estudiaba, ni analizaba el fenómeno diario que venía produciéndose en el país desde la revolución

PROMETEO

de 1868; y nos encontramos de repente que al salir de la cueva el antiguo domador dando espantables voces, no le seguían las fieras, porque las fieras habían muerto ó se habían evaporado.

Y es, que después del año 1868, en que rompió sus cadenas el pueblo, vino una débil Monarquía democrática de dos años, una república más efímera y más anárquica, después de la cual, rehenchos los espíritus, siguió andando lentamente el pueblo, sin cadenas, pero andando siempre, con la restauración monárquica, que educó, que no contrarió el progreso, que reguló y ordenó su marcha, y al cabo de cuarenta y dos años, cuando la infame cabeza de la guerra civil, quiso asomarse, convocar otra vez sus huestes, vió á D. Carlos muerto, al cura Santa Cruz y al jesuita Goiriena muertos, á sus mesnadas desvanecidas para siempre.

Canalejas provocó esas iras ondeando valientemente al aire la bandera de la libertad, hasta ahora medio plegada en los días de mayor expansión. ¡Qué imprudencia más espantosa hace cuarenta años! ¡Qué imprudencia más espantosa si hubiera resucitado la hiedra de hace cuarenta años!

Tuvimos todos un momento de angustia el 1.º de Octubre. ¿Qué pasará mañana? Decía el espíritu angustiado, ante la falta de datos y antecedentes para preveer el resultado. No podían ser barómetros las elecciones de la Restauración. Siempre se habló de los amaños de los unos, de los retraimientos de los otros. Por otra parte el número inverosímil de conventos y de frailes, la libertad utilizada con frenesí por los que la odian, para poder acabar con ella más pronto, hacían temer que esa siembra hubiese producido enormes cosechas ignoradas.

No vengan hoy los *espíritus fuertes* diciendo que en ningún momento dudaron del fracaso. Eso no es cierto. Todos temíamos el deshonoroso y mortal retroceso. Quizás muchos recriminaban la intrepidez de Canalejas no poniendo la menor barrera á la manifesta-

ción-monstruo en contra suya. Puso el pecho á las balas sin la menor coraza. Así decían los neos con la mayor firmeza; mañana habrá acabado Canalejas. El domingo será la manifestación; el lunes estará de cuerpo presente el Gobierno canalejista. No le daban más de veinticuatro horas de vida. Y se comprende. Si la manifestación hubiera sido plebiscitaria el plazo hubiera sido largo conociendo á Canalejas; porque el mismo domingo por la noche hubiese presentado la dimisión irrevocable. No gobernará á su país contra la voluntad del mismo ni un sólo segundo.

Pero la realidad nos sorprendió á todos; la clerigalla tembló de miedo al ver su soledad. Nosotros vimos á España ponerse en aptitud de llegar al nivel de los pueblos más civilizados. Lo que creíamos sólo posible dentro de veinticuatro años lo vimos patente en veinticuatro horas.

Bendigamos la manifestación que acabó con nuestro miedo de trastornar España. No está donde estuvo. Está donde creímos que llegaría á estar mucho después.

Ahora es posible *hacer*.

Ya terminó el simple *propagar*.

LA REPÚBLICA PORTUGUESA

La *manifestación* portuguesa corre parejas con la manifestación española. También sorprendió á todos, portugueses inclusive. También le bastaron veinticuatro horas para acabar con el jesuitismo religioso. Y ni se hundió el firmamento ni temblaron las esferas.

¿Puede sostener alguien que esto no revela una larga preparación, una lenta y profunda gestación? Si el fenómeno hubiera sido instantáneo, instantánea hubiera sido también su muerte. Es decir, no hubiera podido producirse fenómeno tan grande, porque no se

PROMETEO

da efecto sin causa, ni efecto enorme de causa insignificante. Puede parecer á veces pequeña la causa como sucede con la mecha apenas visible que incendia un palacio, pero es tal la potencia encerrada en el átomo de fuego que ella sola podría convertir en cenizas el mundo.

Portugal parecía más sufrida que nosotros. No ha tenido esas erupciones periódicas llamadas guerras civiles que nos han arruinado durante el siglo XIX, pero estaba en el siglo XX como nosotros; y como nosotros habíase convertido en un cauce vacío muy hondo para el nivel de las aguas europeas; bastó la rotura de una esclusa para que el torrente desbordado en el primer momento entre rojo y fangoso, hiciera recobrar inmediatamente á las aguas su nivel normal, discurriendo en seguida tranquila y sosegada, límpida y transparentes.

¿Qué acontecería en España si á los cauces que va abriendo Canalejas para evitar la catástrofe, sucediera una política de muros aisladores y presas artificiales? Que en un momento dado por el resquebrajamiento de un muro insignificante, de una piedra apenas apreciable, la inundación lo asolaría todo, sembrando primeramente de luto los campos, aunque después lo adornaran con verduras y flores maravillosas.

¿Durará la República? Es forma permanente de Gobierno, y aunque convulsione frecuentemente ahora, se consolidará para siempre. Donde no caben el capricho, la lujuria, el derroche, la dictadura, todo aquello de que se han limpiado algunas monarquías modernas, llamadas á tener larga vida si son cada vez más democráticas, donde el pueblo es soberano único, cuando ese pueblo se ilustra y se educa, encuentra su molde permanente.

Portugal tuvo la desgracia, desde el desventurado Carlos I. de soportar Reyes que se desentendían de los negocios públicos. No siguieron un solo instante el curso del país en sus luchas y sus do-

lores, en sus progresos y sus caídas. No eran para el país: el país era para ellos. Pensaban sólo en sí mismos, en sus recreos, en sus fabulosos gastos personales, y tendían constantemente la mano para pedir oro: sus Gobiernos eran sus proveedores. De espaldas al Parlamento y hasta á la ley, creían que *lo que era* podía *seguir siendo*, y se reían de todo y no se preocupaban de nada. Y detrás de tales Reyes una nube de frailes embrutecía, ó creía embrutecer al país con la superstición, mientras ocupaban los mejores edificios, repletando bolsillos y despensas. Unas cuantas balas han dispersado á la familia coronada y á las cabezas con coronilla. Todos se han dolido de la sangre derramada, pero ninguno ha sentido la desaparición de un régimen con bailarinas y sotanas que empobrecían y envilecían la nación.

Lo que *es*, por el solo hecho de *ser*, no es lo que *debe ser*. Mientras no sean una misma cosa *ese es* y *ese debe ser*, el divorcio produce el conflicto, y el conflicto va siendo cada vez mayor, hasta producir la catástrofe.

Muchas enseñanzas pueden deducirse de esos tristes sucesos de la nación vecina. Pero los que más deben aprender de ellos son los políticos-religiosos ó los religiosos-políticos, porque iguales causas engendrarán fatalmente los mismos efectos. Y que no hablen de raíces seculares y de la imposibilidad de arrancárlas en mucho tiempo. Portugal sólo ha necesitado un día, y fuera de la dinamita arrojada la primera noche desde la morada de los jesuitas, no ha ocurrido nada. Parece que se trataba de una cosa madura, de algo que estaba en la atmósfera, que pensaban y querían todos. El Ejército, la Marina, los hombres políticos, las clases adineradas, el pueblo, fraternizaron á la misma hora, en el mismo día.

Y lo de la Monarquía era lo de menos: procuró ponerse en salvo á la familia real: todos miraron con pena su caída inevitable. Era la fráilocracia la hiedra adherida á la encina y que sorbió su jugo,

PROMETEO

la que produjo su muerte. La primera medida de la revolución fué expulsar á todos los frailes. Más que republicana fué anticlerical. Si la Monarquía la hubiese puesto á raya, hubiese bastado para conservarse. Pereció por la adherencia. El cadáver arrastró al vivo. El odio no distinguió las figuras abrazadas al enviar sus disparos.

Seguir propalando lo que los clericales vocean: que la muerte de la Monarquía va unida á la del clericalismo y el Ejército, fué siempre vano, pero el último ejemplo lo comprueba. Quien ataca al clericalismo no ataca al Ejército: allí está el Ejército portugués vivo y triunfante con todos sus prestigios y consideraciones, después de arrojado el clericalismo. No son tres causas unidas. En Inglaterra viven el Ejército y la Monarquía sin clericalismo. En Italia viven sin clericalismo el Ejército y la Monarquía. En Francia, y ahora en Portugal, viven la República y el Ejército sin clericalismo. El clericalismo es un postizo que se ha querido pegar á ellos, y, porque le conviene, ha venido sosteniendo que la vida de aquéllos, depende de la suya.

¿Lo aprenderán de una vez los políticos españoles? ¿Lo aprenderán sobre todo, los monárquicos para no poner nunca en riesgo la Monarquía?

Tenemos un ejemplo en España que todavía está sangrando. Nuestros políticos todos creyeron á los frailes cuando decían que en Filipinas la suerte de la integridad nacional estaba unida á la suya. Y no se les expulsó. Y por ellos perdimos la integridad nacional en el más grandioso de nuestros florones coloniales.

DON DALMACIO

Don Dalmacio tuvo la frescura de censurar en el Congreso á nuestro querido amigo, el antiguo Director de PROMETEO, hoy Fis-

cal del Tribunal Supremo. Es verdad que el Fiscal le había procesado, y era preciso vengarse. El reo quiso convertirse en Juez. Pero no habla derecho á tergiversar los conceptos del varonil discurso de apertura de los Tribunales.

La simple lectura del párrafo que mutiló D. Dalmacio, revela que el Sr. Gómez de la Serna comparaba el motín de Barcelona con las guerras carlistas, que han desangrado la patria y á las que se impulsaba al país vascongado con manifestaciones como la de San Sebastián, igualando y reprobando al mismo tiempo esas dos obras sangrientas de sectarismo, funestísimas para la patria. ¿Qué tenían que ver los católicos, los católicos que rezan, con esas furias del averno? ¿Cómo iba á referirse el Fiscal á los católicos, si *en el mismo párrafo, comenzándolo*, ordena á sus subordinados que no toleren ataques ni injurias al catolicismo, para cumplir el Código penal, por el profundo respeto que los liberales tienen á toda creencia, y por lo mismo que en España se heriría mayor número de conciencias, ya que son muchos los que profesan ese culto? ¡Iba á cometer acto seguido tan absurda inconsecuencia!

No: no compara á los católicos con las turbas de Barcelona. Y caen por su peso todos los aspavientos del regocijado D. Dalmacio.

Pero en algo tiene razón contra el Fiscal; éste fué grandemente injusto al comparar el motín de Barcelona con el carlismo. El motín con sus tres muertos y 75 heridos del Ejército no puede compararse sin notoria injusticia con aquella espantosa hecatombe que sólo en la última guerra civil segó 5.000 vidas en la tropa leal. El motín con sus 40 edificios medio incendiados es algo insignificante ante los 200 pueblos arrasados por los carlistas sin perdonar vidas ni haciendas. Las 53 bombas de los amotinados ¿qué son ante las 4.000 que sólo sobre Hernani arrojaron aquellos Carlistas? Esas pobres monjas desenterradas, profanación reprochable ¿qué valor tienen ante aquellas profanaciones de mujeres vivas, ante aquellos fusila-

PROMETEO

mientos de infelices mujeres embarazadas, que perpetró el infame cura Santa Cruz?

No; D. Dalmacio no sabe en qué partido está, cuando se escandaliza ante un pálido paralelo retórico que hizo el Sr. Gómez de la Serna. Si en las Cortes se rompieran los convencionalismos y pudieran hablar directamente los funcionarios á quienes representa el Gobierno, cuando fuesen aludidos, D. Dalmacio no hubiera podido impunemente empezar el Credo por Poncio Pilatos.



Ramón, tomaron su rumbo todas las mujeres...

Ramón, todas esas mujeres ojerosas—heridas por su ojera, demasiado profundizada,—con la nariz dibujada, con ropas floreadas, y los ojos ciegos, que hay en las esquinas...

Ramón, esas otras mujeres honorables, con pendientes de boda, anillo dorado y el aire de sarcófagos...

Ramón, esas muchachitas con una cruz dorada sobre los senos y el aire pálido, consumido, de aquellas presas vestidas de azul que vimos en su cárcel...

Ramón, hasta ella... y ella... y ella también. Si creyéramos en las immaculaciones, las tres se salvarían, pero hay que ser desprendidos, y sobrepujarse... Eso es: no extenuar la unidad de todo con esas tres excepciones... Ninguna exclusión. Eso sería en vez de darse, ser retractil y pobre de espíritu... Así de esta contaminación se hace lo incontaminado. Sino, conservaríamos el mismo dual concepto de la vida, la misma antítesis que extriñe, que hace trémula, que hace tórpida y que hace encontrada—mazo y yunque de sí misma—la vida de los otros... Sería capcioso no verlas á ellas también...

Ramón, nunca asegurar del incendio nuestras intimidades caseras, ciudadanas y sedentarias. Sería vesánico y atentatorio de la diaphanidad... Con ese deseo de eternidad todo sería menos eterno... Que todo, por el contrario, tenga en breve la posibilidad de ser ganado por el fuego y por la laminación, todo rayano de la gran conmixtión terráquea. Estemos siempre frente á esa gran serenidad del amalgamamiento, sin la aspereza de lo opuesto, de lo encon-

(1) Véanse los números 16, 17, 18 y 19.

PROMETEO

trado. Todo como de la diafinidad. Todo tenido por diáfano á pesar de su equívoco ó de su clara beldad la inolvidable.

Ramón, todas perdidas en la noche, pudiendo venir de todos sitios, pudiendo haber sido todo hasta el remate, justificadas y ciudadanas, santas y vírgenes ó pecadoras, todas envueltas en esta sombra androgina de mujer, menos androgina que sus vidas hechas en un solo perfil con secretos.

Ramón, pobrecillas. En la sombra tienen todas al diablo. Son todas encendidas por naturaleza y se vuelven contra sí hallando venenosas sus palpitaciones. El alacrán que no teoriza por contraste, porque no tiene en su especie al «macreau», el «Mr. Alphonse»—el alacrán sacerdotal ordenado *in sacris*, y con voto de castidad,—no hace veneno su veneno, sino hombría y vida de su vida. Ni la tarántula hace simbólico el dibujo de su panza... Ellas han hecho á su sexo su veneno y su lacra, y como después no pueden dejar de vivir de él, lo sienten ya menospreciado y abatido...

Ramón, así después de aquella sensación encontrada y sórdida allá en la madrugada, no se por qué ante toda mujer pensamos, que puede una noche como aquélla, ser con todas, esa mujer con chal, que pregunta:

—¿Me conoces?

Ramón, siempre tendremos nuestra sombra con nosotros y ellas la suya... Siempre al alcance ese pedazo de tierra blanca y rosa, tan susceptible y tan delicado para nuestra sombra, para impresionarnos de nosotros mismos con nuestra sombra...

Ramón, la luna sola con la noche... Facilidad... Ningún extra-

bismo... Me siento alargado en todas mis extremidades... No pensar en esta hora en las cosas sesudas y aciagas... Niego todo mi porvenir si puede ser fanfarrón, acicalado y honesto... Nada de dar ese eje inmutable y acerado á la vida... Que sea inconstitucional y como quiera. ¡Oh esa vida abohardillada de los otros!

Ramón, ¡Su amor!... No. La luna... La luna sola con la noche y el sol, como mirándose en su vidrio azogado... La de hoy no es esa luna de invierno que solo luce en sí y todo el resto es azul obscuro y mate; sino una luna, de la que es *luna* el azul, como azogado también, aunque ligeramente, con polvo de azogue... Luz de luna, que tinta y recalca los caminos y las frondas, como si hubiera caído un aguacero lunar...

Ramón, lástima de que esta noche, en que se ve bien la luna, se vea el perfil de los aleros.... ¡Se ven los aleros!...

Ramón, eso que ha llamado el *umbral* interior no importa quién, ha ganado en embocadura esta noche y se ha hecho mayor.

Ramón, ¡pero los aleros, y las espadañas y los faroles de gas!... Toda visión natural, muy de la parte fuera—LA EVASORA y LA UBÉRRIMA—siempre tiene como borde presidiario algún alero turbador, el de las instituciones y las morales, cuando no el de los tejados... ¡Algo ha de desenfocarnos!... Todas nuestras «eclosiones» tienen en su limpidez una visión soslayada... Porfiada reducción...

Ramón, eso no es bello, ni aquéllo es cierto, ni eso otro... Todo en la noche es invisible, indecible y sordo... Tengo un furioso recelo de esos adjetivos, hechos para comprometer, para hacernos parciales y allegados... Están hechos con un gran casuismo...

PROMETEO

Ramón, de frente, la visión de una loma de esas moradas por que la luna cae sólo sobre su cúspide y sobre la cola y el vuelo caído de su falda... Más allá montes con todas sus aristas á la luna. Los más al fondo desvanecidos de luz y de lejanía... Arboledas con un capacete de luz y una base morada; colgantes, más que enhiestas ó enclavadas con dureza de cerviz sobre la tierra... Un ruido de mar, ese ruido ocioso que deja ociosos los pensamientos... La vida del mar es una vida bien bagatelaria, con su eterno espectáculo de acción sin principio ni fin superior, sino con su principio y su fin en su sencilla gimnasia, en que se sensualiza todo él...

Ramón, tiene más fuerza, más individualidad, que acorde... Todo al frente un paisaje de cortina japonesa de esas con flecos de abalorios... Una sensación por lo inconsútil de su trama y de su raíz de flecos de tener perdido su remate en lo alto...

Ramón, ¿o quizás el paisaje está enfrente del paisaje, mucho más acá, y eso no es más que un espejismo?

Ramón, si no hubiera el temor de los perros rabiosos nos internaríamos. Sería agradable buscar al sapo en su cañada y saber si es un pájaro ese flautista que ha encontrado el blanco en la flauta, con el que da en síntesis toda la gama sin más que un registro.

Ramón, es Pan, sin coro y sin fiesta... Peor para el coro y para los que pudieran festejarse, pero no para Pan que vive en la brizna de hierba y en la refocilante alma del sapo que debe disfrutar tanto en su charco y entre el frescor jugoso de sus riberas en la noche...

Ramón, no soy su hermano por caridad, sino su continuación,

y si eso es hermandad lo es por sensualidad, esa buena sensualidad porosa y envolvente que vive en la buena circulación ó en la buena tensión de toda la periferia y de toda la intimidad... ¡Oh transpiración sin entaponamientos ideales!... ¡Todo despierto!...

Ramón, ¡qué blanda esta emanación, este extravasarse, este rezumar tan fértil!

Ramón, ¡no habré rociado las plantas con este estravasamiento diáfano y fácil, y en el rocío que titílee mañana al sol no habrá algo mío, que emplearan en su teñido verde y en su pulgada de más!...

Ramón, ya no nos devuelven á nuestro punto de partida el azul del cielo ni las filigranas de los campos, por irreductibles ó infusionables... ¡No hemos sido rechazados!... Es sensacional ser esas cuentas de cristal de colores, y ensartarse en el flecado de esa cortina japonesa imitando un paisaje escarchado de luna...

Ramón, así la noche nos cierra la espalda, y nos limpia de tardos pensamientos pretéritos, y como el frente es muy blanco y muy mudo y muy abierto, no hay pensamientos de porvenir sino vida sin reacción.)



(Ramón, todo tiene un buen aire esponsalicio y no se sabe cuál es el seno y cuál es el azahar de bodas sobre el seno, si la flor morada del espino, si la sonrosada de la morera, ó si la flor blanca de la madre selva amarfilada y con un perfume que es como su color resaltante, pues ya que no tiene un color vivo y recio, hace de color su olorosa penetración...

Ramón, es que quizás no es una flor de azahar sino un ramo ó un jardín ya que el seno es tan amplio...

Ramón, en esta hora de sol, solo, en el pinar tumbado como raíz suya, al descubierto, se nota que todo critica nuestras creencias, es decir, que todo las elimina—mejor,—que nada se ha hecho cargo de ellas y por eso vive la selva hasta en lo más intrincado, ozana y sin disputa...

Ramón, es lustral como un agua sublimada ideal, esta sensación tan persuasiva que lo borra todo... Así, ingrato, infiel y descastado... Borrado, emblanquecido por el limpión...

Ramón, somos ya bastante simples para no desconsolarnos al sentir la extrañeza del pinar ante las testarudeces cerebrales, sino para satisfacernos al sentir cómo es cauce y huesa, es decir, madre, porque las huesas tienen un día de ascensión ó de

resurrección: el día de las meteorizaciones, el día después de la fermentación, en que todo se concierta de nuevo...

Ramón, vivos en su centro, en su plazoleta, es igual que si estuviéramos muertos... Ella nos alienta y nosotros recogemos de ella lo necesario á nuestra descomposición ó á nuestra hombría... Ella sólo se repone en el tránsito y nos repone en su reposición...

Ramón, vale esta sensación de la mañana, por sí sola para renunciar á toda creencia y sobre todo á concebir con seriedad y fanatismo... Hay que desentravar el pensamiento para acuciarse blandamente. Que toda idea lleve su acabóse para no necesitar esa atrición, que es lo que nos abate en la idea y lo que las asienta en areópago frente á nosotros sobre un estrado y las dicta sentencia contra uno, neutralizando y amortiguándonos el pulso...

Ramón, que toda superioridad sea en nosotros como sarcasmo, como lunatismo y como gran pirueta desconcertada y atentatoria de la misma superioridad...

Ramón, lesionemos esa honestidad de las ideas tan empingoradas y tan campanudas, deseosas de debilidad, todas contradicción á alguna entereza peligrosa, todas sí buenas, buenas en la blandura, buenas en la transigencia, por deberes superiores siempre, sin el atrevimiento de plantearlo todo en el desencadenamiento, de una vez definitivo y cervical. Así sería cervical la amistad de los hombres y poseidos de una agresividad insobornable y victimaria, en actitud expectante, la paz en la naturaleza sería luminosa y flamática, con esa flema poderosa, fiera, de toda una humanidad arbitraria ordenada conspicuamente por un poderío dentado. La felicidad en rosbif, la felicidad cruda, curtida y enroblecida sería con todos.

PROMETEO

Ramón, cuán grande el acuerdo si en todas las manos estuviere este hachón de incendiarios, visible en su grandeza y en su amenaza. Clavado en todo hogar...

Ramón, hay tantas debilitaciones placenteras y honorables, tantas condecoraciones, tantas doctrinas de sentido común y tanto paulatinismo mal intencionado en todos, que se hace imposible esa incestuosa, febriciente y sañuda inteligencia.

Ramón, nadie sentirá esta paternidad, sin moral y sin cariño remunerador y apologista, de la naturaleza. Nadie se sentirá muerto tan sencilla y tan insentimentalizablemente como yo ahora en el pinar...

Ramón, se volverían todos tan desobedientes y tan fatales como yo, y ya no habría que evadirse porque desenrejaríamos la cárcel y haríamos desde ella una escalinata á los jardines, esos jardines de Kalifa que parirían nuestras tierras meridionales.

Ramón, pero soy yo sólo y por eso he de evadirme sin complot porque la morralla me traicionaría por espíritu carcelario, no de preso sino de cancerbero; porque lo que no hace digno al preso es que lleva un jefe de cárcel, adústo y sanguinario, en el fondo.

Ramón, morir asesinado en los extramuros de su ley, donde tienen su *espoliarium* y morir así ahora porque se me ha olvidado la consigna y la razón, y he recobrado mi independencia y mi soledad, y me he extraviado incautamente, porque preffero para gozar una sola vez de la bienaventuranza no tener cautela y no estar deprimido... Y salir á los extramuros, no por matar al dragón desde fuera, sino para nada trascendental, para esto, para no te-

ner la concepción del dragón, no poseyendo la consigna que aplaca su justicierta... Sentir la libertad de la carne y del espíritu.

Ramón, pero nuestra astucia nos permitirá una evasión sin peligro. Desapareceremos subterráneamente, no como todos, que quieren huir por la puerta secreta, dando gritos sin esta subversión de lo mudo, cuando todas las poternas tienen centinelas ó al pasar su umbral se da el paso en falso sobre los fosos que esperan escondidos... Todos huyen para volver. No se han desinteresado y piensan en la ¡¡¡Patria!!!

Ramón, para huir hay que saber como hasta los más subversivos están enfermos de hospital y desean fumigar sólo el hospital que sólo después de volado sobre la meseta celestial podría ser calmada tranquila...

Ramón, hay que asolarse para la evasión y después pozando, pozando, hacer desde el *cenit*—interior abajo—ese escaló que dará al *nadir*, pues no es sombra todo el empozamiento sino que tiene su día de luz ya en el nadir, con otros cielos—plafón es sin frescos al temple—y otras tierras vírgenes.

Ramón, lo malo es que todos quieren ser un acontecimiento histórico ó grandes acontecimientos. Nadie se resigna á no dar un espectáculo sentimental... Todos necesitan que se vea su acción porque si no, no se ven y necesitan darse cuenta. Además necesitan por contrastes, contrastes de luz, de ideas y de paisaje, comprobar su huida...

Ramón, todos cuentan con la fuerza de gravedad y por eso en toda rebeldía hay un elemento retentivo, cuando hay necesidad de

PROMETEO

romper esa fuerza de gravedad para no caer en la tierra de siempre y no hacer escala en el fondo de la sima, ni quedarse allá, sino cumplir todo la jornada hasta el nadir, ya bajo su nuevo cielo raso...

Ramón, la fuerza de gravedad nos retendría en el centro.

Ramón, no ser completamente extremosos, no haber encarnado la paradoja más fiera y más distante y más facinerosa y más antípoda, no tener una gran esquividad que en su fuerza de dispersión, de internación, alanceó el mundo de parte á parte, llevándonos del otro lado, todo á través y en línea vertical—vertical continua á este palmo de tierra que nos corresponde y sobre el que tenemos los pies y en el que enfondaremos, enfondaremos el alma—; no ser atroces es no salir de esta ergástula, que más que ergástula es colonia de penados, con jardines y festejos y mujeres—tantas mujeres como cadenas se necesitan.—Pero plaza fuerte más allá de los arrabales, más allá del engaño y del lujo...

Ramón, muerto como vivo, en el pinar, sin nada tutelar sobre uno... Nada de pedir como implorando la libertad, ni pensar en esa libertad que nos colocaría más al lado de gentes contagiosas, que en vez de pedir libertad por exclusión la piden para amontonarse mejor, por ser protegidos, por ser más exteriores, por promiscuarse, tan marital y tan pederastamente como siempre...

Ramón, esta libertad sin premios ni castigos, desarrollada en círculo sobre sí misma, lejana á la libertad deseosa de premios y que no concibe la vida más que sedentariamente, siendo su concepto de lo público, á lo más, un concepto de la vida en bandada. Quieren la vida en reposo, buena por espíritu de *beneficiencia*, no

por espíritu de disociación, de autolatría, de seguridad cordial, establecida de vericuesto á vericuesto.

Ramón, sin hacernos vericuetos, sin desplazamiento, no seremos libres... Después, de vericuesto á vericuesto, un vuelo de afinidad á afinidad. Pero sobre los vericuetos. Sin tener esa vergüenza de la confusión...

Ramón, pero ellos quieren libertad para congregarse en orfeón, ó en academia, ó en mancebía, ó en tertulia, ó en sociedad mercantil ó en cofradías ó en Café...

Ramón, de ese modo la libertad no estará cerrada á la eventualidad y será además más que libertad fusión en el placer, fusión en las ideas, una horrorosa fusión en la seriedad y en la buena y cargante amistad de las gentes, una fusión institucional más que contra las instituciones, una reunión en las frases más que en una muda entereza... Adjetivará la naturaleza en un sentido bonacible, honorable y dulzón.

Ramón, para eso sería mejor tener los dos conceptos que ahora luchan, porque contrastados son menos aburridos y más fieros... Son en unidad una fuerza encontrada por sí misma... Mejor por esto que una fuerza perdida en una molición pública, cristianizada bajo todas sus apostasías.

Ramón, habría que ir contra las dos tendencias de la humanidad, ambas á dos.

Ramón, pero mejor es no ir contra ninguna que será aceptar esta lección de descuido y de exclusivismo, que predica un

PROMETEO

hermetismo espiritual como base del vigor y de la interpolación en la naturaleza, que de otra manera sería nuestra bisectriz...

Ramón, nada más, nada más... Mejor es sentir en la tarde su nombre propio sobre todas estas cosas, cosas para tenerlas en uno tan muertas como vivas, en un centro de afirmaciones crecidas en arboleda y supremizadas por algo como el verde metálico y lo resinoso de estos pinos... Tan unido estoy á ella, que vuelvo á ver una playa cegada por el sol y la veo venir blanca como una gaviota blanca, de un blancor hijo natural del azul del cielo y del mar, en una intercesión allá en un horizonte... Vendrá á posarse, no á agarrarse á mí, y eso la hará más blanca y la dará todas las agilidades y la dominación sobre el mapa mundi.

Ramón, sólo esa condición vagabunda que cuenta más con la tierra y con el mar que con los hombres, la hace admirable...

Ramón, no hay intranquilidad, no zarpará en ningún puerto y siempre aunque se la vea en la ciudad tendrá su vuelo preparado para en una hora próxima volver á su nidal del picacho... Un nido de esos que no se encuentran, que no se capturan...

Ramón, así trae toda su virtud siempre... La virtud sólo se pierde al fanatizarse y al empedernirse... Siendo así de cambiante y teniendo una impermeable blancura puede posarse donde quiera en el intermedio... Se chapuza en el mar todas las tardes...

Ramón, porque no es mía sino de su vuelo ha podido no hastiarme y así todas las tardes se me da nueva. La única manera de que pueda permanecer... Adquiere todas las tardes su virtud de poderío, para no fracasar... Nada consuetudinario... Me olvida y

así tiene su virginidad la escena, y me puede tentar... No olvidándonos nos queríamos ya un poco simulacrados.

Ramón, parece que va á venir por el azul visible... Esa es la sensación por absurda que sea... Habrá conseguido su actualidad de hoy mismo... En las demás carga un poco lo ajado del ayer... Valen más en ella sus andanzas que su figura juvenil vestida de rosa carnal sobre su traje marrón, que se torna en las ausencias de ese blanco curtido para viaje, que tienen las gaviotas...

Ramón, una pipa ahora en el pinar... Las pipas en el campo saben á campo, á brezo, esos brezos que se queman en la espesura en la invernada. Su humo azul es más como el azul de esas fogatas ó el de las chimeneas campesinas... Además, el humo se hace un guión y nos hace girar mejor con ese movimiento de traslación que se combina con otro de rotación en el gran todo... Nos damos más cuenta de ello porque se funde mejor con el cielo...

Ramón, se hace la escala de Jacob que después de conquistar su última grada, comienza otra gradería descendente en una circunferencia sin punto final...

Ramón, no se debe pensar en el desenlace de esa circunferencia de ningún modo, porque la actividad de la vida hace imposible el pensamiento, no de la falta de pensamiento, sino de la falta de lo que no es fórmula, ni pensamiento, sino actividad y materialidad inaniquitable... Sólo un muerto en el que no se cicatriza la muerte, como se cicatriza al fundirse positivamente en la naturaleza, podría...

Ramón, y no podría tampoco... Ni esa palabra es admisible

PROMETEO

¡Desenlace! ¡Qué! Una palabra que hemos creado no viendo el nuevo enlace al borde de toda catástrofe... Línea que creemos rota porque se accidenta y al hacerse quebrada más allá del horizonte visible, parece que allí se desnute en una solución de continuidad... Ni la palabra... Ni la visión negativa del concepto... No debe haber negación en el verdadero apóstata sólo debe encontrar la referencia que hacen á cuestiones fútiles y ciertas las grandes afirmaciones teológicas...

Ramón, todo esto está interminablemente concebido, en esa sucesión de simplicidad en que patinamos tan confortablemente... De todo eso está deducida esta tranquilidad de pensar que en la imposibilidad... ¡Imposibilidad! Imposibilidad tampoco porque ya estaría concebida una condición de lo incondicionable. ¡Incondicionable! Incondicionable tampoco porque á lo condicionable *oculto* es á lo que hemos llamado así...

Ramón, demostremos siempre que no nos hemos planteado ninguna cuestión, ni tropezado con ninguna ignorancia superior... Hagamos elemento natural ese que quiere hacerse sobrenatural, porque es lo natural en su confusión, en un viraje torpe y accidentado.

Ramón, esta tranquilidad de que en la imposibilidad—sí, imposibilidad, aunque tampoco es la palabra, pero vaya por ahora—de concebir nada ni á nadie nos motejan por los elvidos... ¡olvido! olvido tampoco como tampoco el nada ni el nadie—pero ¡qué decir, si ni órgano de apreciación tenemos!... ¡órgano! órgano tampoco... Bah, esto no es nada. Atacada en la expresión toda teología, se desvanecería, á lo más se encontraría el género próximo y terráqueo de todas sus cosas...

Ramón, pero el pinar se ha turbado de color y de luz y de pureza con todas estas cosas. Sólo ha sido un remolinarse de mis pies un momento...

Ramón, bueno es guardar silencio... Nos encocoran, nos obstaculizan, sólo nos detienen estas cosas. Positivamente, vitalmente su sensación es de detenernos nada más, ó de perder la cuenta por falta de atención... Sólo representa eso una reacción en la que no conseguimos otro elemento que nuestros elementos confundidos para ver si en kaleidóscoipo se llega á algo... Y sólo se concibe lo pintoresco, cosa al fin de kaleidóscoipo, pérdida de la simplicidad en orden, por deseo de complicaciones, á las que ha llevado un tropezio, un desbarajuste en la sensualización, ática y bienquista en todas sus funciones cotidianas...

Ramón, en esta movilización circunferencial no hay nada de monotonía... Si no se sensualizase uno en todo el trayecto sería monótono, pero lo que es esquemáticamente geométrico, es vital en su intestino... La proporcionalidad cotidiana no exagera y la exacerbación es á lo que se ha llamado deseo y necesidad innata del cielo y... dolor de la tierra.

Ramón, el dolor de la tierra es un dolor de abstinencias y es el dolor secreto, sin atrevimiento, el dolor venerando de las ideas profesadas, de los amores, de los odios, de la división que se ha hecho de la impulsión cálida y suprema de la vida, oponiéndola entre sí, volviéndola contra sí en su contraste, en esa dualidad hecha de su unitarismo diviso, en la inutilidad de crear una fuerza superior.

Ramón, el dolor tiene toda la ética de la alegría *pero no tiene*

PRÓMETEO

la alegría... Esta duplicidad es la de los juegos de azar y envite al final de los que podría obligarse á la devolución del dinero, porque no hay nada sustancial que haya cambiado, pero se opondría la multitud, que tiene ansias de fortuna y del placer acre que ha hecho una necesidad la abstinencia... Los hombres necesitan placeres encumbrados sobre el dolor y la carestía, porque su medida es «sobre el nivel del dolor». ¿Y qué harían sin su unidad de medida?... Además, hay que reponerse del dolor, tener, en fin, ese placer que explicar por oposición á él...

Ramón, es infructuosa esta dispersión de la luz de la mañana y de la serenidad del pinar á través del prisma de las ideas ajenas... El vago recuerdo de nuestro prisma roto para evadarnos, aún me asusta como un frente á frente obligado á todas las parcialidades y todas las agresiones de un lado y á todas las laureadas y todos los triunfos del otro... Tan blanco de espíritu siempre...

Ramón, prisma, todo prisma cismático, pues todas las ortodoxias son cismas frente á los cismas...

Ramón, ¡qué dolor el de la mañana, el de esta serenidad del pinar, esterilizada, menos ovicua, menos organizada, menos copulativa, por la trituración, por la frigorización, por el ostracismo del prisma!

Ramón, dolor en los que la desasimilan por prismáticos y viven enflaquecidos...

Ramón, ¡pero bah! Nuestra liberación no llegaría nunca si existiera esa fuerza de gravedad, ligamentosa, que tiene la ciudad y existiera en forma de caridad... Aún hay que andar camino...

Ramón, muerto ó vivo para el pinar, cuento con su transigencia, que no repudia ni premia porque no teoriza la vida sino que la realiza y en la realización todo es igual y somero...

Ramón, eso alivia como haber salido de un albur sin ganarle ni perderle sino alejándose y disuadiéndose de él... ¡Habrá caído la mañana, esta mañana de aquí sobre la ciudad! Sería demasiado densa y todos acostumbrados á dispersarla, haciéndola infructuosa, desmatrizándola, se habrían ahogado bajo ella y la ciudad sería como una Pompeya sepulta en cenizas con sus habitantes sin trincar, muertos sin chafar, en su último ademán...

Ramón, volvamos...)

(Ramón, en la paz de la mañana este amor al eucaliptus, es estar en gracia. Desde que me ayudó á convalecer en su maceta, junto á mi lecho de enfermo, de niño, le profeso un buen amor. Es un árbol languidescente, sin coquetería, todo virtud y vida sosegada y enfermera...

Ramón, siempre conocimos las horas de gracia porque añoran á aquella mujer que se casó ya, á aquel perro *León*, á el jardín de aquella casona destartada de Castilla, ó á alguna de esas cosas sencillas y gratas en las que más nos devolvimos sin resquebrajadura, ni mudanza... Cosas que no nos polarizaron...

Ramón, frente al eucaliptus siempre sentimos su estado de espíritu. Se nos presta bien y nosotros nos prestamos á él. Es una entroncada analogía...

Ramón, hoy es un día de gracia, como todos los que se madruga sin saber por qué. Se determinó en el secreto hacer algo y después se pára uno en seco. Entonces se llena de simpatía la vida, melancolizada de ese modo, y se piensa algo inmejorable... Hoy ha sido en el eucaliptus con su perfume saludable y tan oleoso para el pulmón, perfume de buen cocimiento, de palabra firme y fortificante...

Ramón, así de pronto se piensa en que hay en uno la iniciación de la tierra de cuando tenía uno todo el espíritu de ella después de la lluvia y en los días estivales después del bochorno... Sentir un atavismo tan calmante y tan envolvente, sentir una traspiración tan mínima, tan de buen sabor y de buen olor, es estar en gracia...

Ramón, hoy para merecerla no tendremos ningún propósito, ni saldremos á la ciudad, nos haremos efusión, es decir, azniscaremos los vientos de uno mismo...

Ramón, sí. Esa exhalación tan sutil, tan compacta, tan infiltrada en la porosidad del planeta, tan humana...

Ramón, tan dispuesta en círculo concéntrico, que volverá á intercedir con nuestro nosotros sin rompernos ni mancharnos como en un abrazo...

Ramón, soy síncope ó diptongo según consigo la prolongación ó me abato de metafísica...

Ramón, hay ahora como un simulacro de evasión cumplida, de salir ya á flor de esa tierra sin monumentos y sin lisiados ni enfermos del San Juan de Dios...

Ramón, parece que somos más estratégicos, con una recia estrategia... Como si nos hubiera crecido un peñón en la base de esos con verde esmeraldino en el remate y en derredor cortados á bisel por los cintarazos del mar... ¡Gran cicatriz! ¡Esa cicatriz sin dolor, abierta, con la carne viva y susceptible como una entraña de mujer, como un paladar que saboreara ese sabor salino, con

PROMETEO

yodo y como con hierro de mar, un hierro más fuerte que el de las otras aguas. Abajo, frente á proa, el mar, asomando tan varonil y tan gracioso como los machos cabríos cuando sienten su plenitud... Un macho cabrío formidable... Retrocede y vuelve á acornar sin daño, con su sensacional plenitud... A los lados recorren la pedregosa falda con mariscos, trahillas blancas, con el blanco pelaje al aire, trahillas que emprenden una carrera en masa, que saltan, caen, hacen la horizontal del galgo, y de las que al fin en la playa, junto á la última piedra, sólo corre la más veloz... A lo lejos el mar pone una línea que no se sabe si es sinuosa ó es recta, pero que sí es una arista...

Ramón, bueno es pensar el absurdo de que en su borde, compacto y con voluntad para ser arista, se pueda andar como en tierra firme... Es más azul que el resto y hace menos aguas... Eso á proa. A popa todo un continente y sus enlaces en el mapamundi; á un lado costa berroqueña y al otro una playa, una playa sin la sucia castidad de las casetas y sin veraneantes, porque los veraneantes son gentes ácidas con un destino inmóvil que vienen á tomar fuerzas ante la prodigalidad del panorama para seguir con su flaqueza y su intransigencia—transigente por intransigente—de siempre.

Ramón, los veraneantes hacen al mar *bonito* ó hermoso ó sublime... Todos hiatos! ¡Qué más da!... ¡No lo sienten como palma extendida de una de sus extremidades ó como algo como sus nalgas... Son incapaces de ser una estrella de los mares, radiada en todas las extensiones cardinales... Todos *dieresis*.

Ramón, pero no rechazar nada ahora. Lo que el veraneante disgrega y rechaza, lo que devuelve hace una curva y prosigue y

le domina en actuación, no en visión ni en concepción... La naturaleza concede libertad para esas nonadas... Todo continúa bien compacto y bien firme...

Ramón, unos ú otros bailan, matan, ponen una bomba ridículamente, con un polichinelesco fanatismo, son víctimas atravesadas en una mueca que las debía hacer no merecer la virtud de su muerte, cruzan grotescamente los aceros en un burlón duelo á muerte, y se atraviesan con ironía. Todos hacen payasadas de pista. Las epidemias hacen caer con una caída de latiguillo á las gentes y nos harán caer á nosotros tan graciosamente; todos oran matando sus hambres de seres colegiados y empadronados, todos hacen justicia ó hacen filosofía y Arte con el mismo gesto lamentable... ¡Bastante es no ser sólo uno de ellos!... Con eso hay ya risa, una risa sin picardia, una risa sana, como gallardete de fiesta, como la risa del mar los días buenos en que se hace de un añil jovial, como la del cielo cuando es más cerúleo, como la de los campos cuando se incendian de verde... No ser uno sólo, pero no dejar de ser todos. Ser al mismo tiempo el que mata, el que ora y el que se desafia y el que se voltea en el trapecio y el otro y el otro... Todo en un intervalo tan compacto en insinuaciones que dé la serenidad por resultado... Una gran serenidad que haga no creer lo pasado, ó que lo crea después de curado en esa resultante de serenidad y de euritmia.

Ramón, á eso debe conducir la arbitrariedad, á sentir como todo se recompone, y como todo se amasa en todo y vuelve á ser levadura, pues la naturaleza, sino por la cabeza, ha entrado por los pies ó por otro subterfugio. En el cadáver, ha entrado en el tórax inchado y ha cambiado al muerto en calderilla... En algo más equivalente, pero así, de hecho... ¡Oh la frase absurda!... Sólo un cam-

PROMETEO

bio en calderilla... La fortuna no se ha perdido, se ha transformado... Nada irreparable... Los hombres de las lamentaciones sólo tienen la ignorancia de ese sistema monetario. La idoneidad no se rompe.

Ramón, desde luego principios superiores no crean la responsabilidad. Lo superior no es justo, es dúctil, y todas esas cosas, esos mil gestos polichinelescos y funámbulos y criminales de los hombres se los ingurgita del mismo modo sin mueca ni sentencia ninguna...

Ramón, que se atreven á decir que es accidental la justicia, que armen así á la muchedumbre, que es como desarmar á los ejércitos, esto si no piensan volver á reincidir... Será la paz armada y ya nadie será arbitrario de hecho... Y esa será la primera libertad no castelariana...

Ramón, los directores que crearon la idea de la Justicia absoluta y piramidal—idea para frontispicio—como han conquistado á las muchedumbres con ella, surtiéndose á sus expensas como los vaticanistas de la de Dios para engrosar el tesoro de San Pedro, no la han podido abolir pero han hecho arbitrario el Procedimiento. El Procedimiento no es visible ni fraseable en el sentido lírico con que se ha fanatizado á las muchedumbres con la Justicia, que bien monumentalizada, hace sufrir todos los vilipendios á la muchedumbre siempre bajo la tiranía y la tutela de la metafísica...

Ramón, Procedimiento y no Justicia, en vez de Justicia sin Procedimiento. Procedimiento en vista de cosas cotidianas y resueltas. Sin la deslumbración de la Justicia no se seguirá frustrando la vida.

Ramón, pero el proletario, ese ser que debía ser abrumador y gravísimo no quiere una vida sin soberanía y sin agiotismo y por eso no ataca la idea de la Justicia, la de más altivez, y deja en su equívoco la del Procedimiento. O quiere ser Presidente de la República ó aspira después de la protasis anárquica á capitalizar las ruinas en su provecho. Es necesaria la idea de la Justicia para hacer muy altas las grandes bastardías. Insuflar al Procedimiento de esa vitalidad sería hacer imposibles los trust. Todos la necesitan por igual. El ladrón y el juez. Sin justicia no habría derecho de propiedad ni por lo tanto latifundios.

Ramón, sin la Justicia no les podría llegar la vez de las injusticias á los espoliados por la injusticia—(la justicia de los otros)—... Aquello de la acera de enfrente, que siempre es distinta, preguntéase al transeunte de la izquierda ó de la derecha.

Ramón, la Justicia enseña la piedad... Y como todas las ideas altas dejan un gran resto de flaqueza, necesitan la piedad. Atreverse á vivir sin piedad en un compromiso cicatero y dentado, asumido todo por todos sin delegación en las grandes concepciones y suprimido el derecho de representación, es cosa que temen, porque pondría á todos frente al secreto de sus lucubraciones.

Ramón, les sería muy molesto dejar de vivir de los contrastes. Son naturalezas con morfomanías, con justimánias, con deománias y con politicomanías. Y como el morfínómano sería lamentable sin su pócima, ellos serían inanes y deplorables sin su tensión, su lujuria y su espiritualidad de comedores de niños crudos. Noticiadas todas las asperezas y todas las dolencias y todas las sordideces de la multitud, es una vida de comedores de niños crudos, la de estas gentes pulcras de la neutralidad, del gran civismo y de la sereni-

PROMETEO

dad. Y en los mismos despanzurrados, en los mismos piojosos, en los descuartizados, hay una gran inefabilidad, ya que no ante los poderosos, ante el poder. Nunca ha habido régimen de más violencia, una violencia de multitudes y de aristocracias.

Ramón, resulta que el amor es la eliminación de los amores, el poder la eliminación de las muchedumbres si es el de las aristocracias y el de las aristocracias si es el de las muchedumbres. La opinión es la eliminación de las opiniones. Pero todas estas eliminaciones cuentan consigo mismas y viven los eliminadores de sus eliminaciones. No las realizan y pasan, sino que las realizan para que lo que fué en ellos victimario persista en el reverso de su vida y la penetre. No es la eliminación, es una mera contrastación, el contraluz, la antítesis, la picazón, el exacerbamiento. Por que la virtud, la belleza, la justicia, son un preparado del pecado y de la fealdad y de la injusticia; su exacerbamiento y su copilación. Y así todo. Se evita la gran ecuanimidad, la resolución. Porque eso sería no tener las grandes alegrías de alma de ahora, los grandes orgasmos, lo que, aunque aboliera las tristezas, no es deseable porque la violencia de esta unanimidad está en que necesita un precipitado de alegría y tristeza. Porque necesita la imperfección, lo vulnerable, lo negociable, lo afrentoso, lo relapso.

Ramón, ¿qué sería del misticismo sin las tentaciones? Es todo él, producto de la tentación. El misticismo es el artificio por el que se hacen ingenuos los peores pensamientos. La vida más macabra ha iniciado las palabras más blancas de los místicos.

Ramón, el único medio cultural y arrostrado es la transigencia, esta transigencia que lo elimina todo, lo menos negativamente, y que suprimiendo contrastes todo lo salva de esa picazón, de ese sadis-

mo, de esa candencia y de esa lujuria, que ha embotado y ha mordido y ha fogueado de emoción á esta humanidad ya en los huesos, y así la ha aplacado de tal modo que ya todo gira alrededor de una sensibilidad demasiado justa en el sentido *opuesto* á la injusticia, pero no en el carnal y fiel, inteorizable y simple...

Ramón, todos necesitados de móviles grandes, fuertes, y sobre todo graves, *gravísimos*, inauditos, desusados, insólitos... Lo grande les ha hecho despiadados y estériles, les ha agostado. Es una crápula sin la que no se quería la solución. Lo grave les agota, con su embate atroz; les hace pasar á lo alto de todo, les hace efímeros, les hace claudicantes. Les ajusticia siendo los ajusticiadores, les dispersa, les relaja, les arranca á esa especulación del Procedimiento somera y simiesca que todo lo haría inevitable...

Ramón, la gravedad... Me la fumé en mi pipa de una vez para siempre. Fué como quedarse sin inyecciones, dejar de ser novelesco, quedarse ayuno de emulaciones. Me sentí menos admirativo, es decir, menos cogido por las piernas y por los pelos, por algo tirante y arrastrador, que me hubiera querido llevar no sé dónde —¡y hay profesores con lentes que fomentan la capacidad admirativa!—menos amoroso, dulzón y líricamente, y menos muchas cosas sabrosas, violentas y graves, todas de esa droguería de los mordentes, de las mentas, de las creosotas, de los afrodisiacos, de las *digitales*, todas esas especímenes que se han comido ya hasta los huesos á las gentes.

Ramón, ¡oh, esa dentellada del placer, en estos seres bisensuales y bifrontes clavados en su otro pensamiento y en su otro sexo por el otro sadismo del dolor!... ¡Oh, esa mistura, esa intercalación, esa intercadencia agrídulce y acidulada!... ¡Pronto después de des-

PROMETEO

carnadora será deshuesadora esa violencia que ya sólo hace concebir á los pueblos un frío y confortable ideal de sajonizaciones y de molicies sin la gran carnalidad que debieran tener!... ¡Les ha dejado en los huesos, en la incuria, en la torpeza, con el deseo de los débiles y de los enjutos, con el último deseo violento: el socialismo; concepción sádica, última fundición de todas las metafísicas, reticencia, falta de atrevimiento y de carne buena.

Ramón, ese brutal armamento de las muchedumbres que supondría el planteamiento sin escatologías, ni sentimentalismos del procedimiento para el buen vivir; ese curtir en hierro á las multitudes, ese poner en sus manos el poder de las calcinaciones, y del crimen; ese formidable planteamiento de la accidentalidad, ese construir sólo por un criterio hecho de accidentalidad y de voluntariedad; ese abrasar la autoridad y la dignidad, residenciándolo todo en el minuto, sin fijaciones ni permanencias que al hacerse viejas se idealizan y se pervierten, terminaría todas las exacciones. Pero hasta los anarquistas prohibirían esa cultura, por lo demás simplísima, que aventuraría la victoria suprema del peligro y de la agresión suprema. Es preferible el exterminio por haber lanzado á la multitud á esa posibilidad de sus consecuciones, que un estado moderno de seguridad de las multitudes que supone la negación de un reinado pleno, arrasador, loco, tan poco trascendental junto á la vida y la muerte.

Ramón, prefiero á la falsedad de esta vida, hecha grave para hacerla mediocre, para ponerla fuera de esa prueba de la sangre y de la precipitación, una puñalada por un hombre de esos ya lanzados á la bagatela. Siempre sería bagatelaria la puñalada y sería un pensamiento leve y fácil de transición, el que hiciera uno. Por el contrario ante la gravedad de esta otra vida hay un dolor grave.

¿Se sabe lo que es ser leve, aun en medio de todas las conflagraciones mortales?...

Ramón, el peligro, la mortalidad como posible reparación es lo que hace á los hombres más reparados. Y sobre todo, un peligro, una agresión que no se agrupara con un ojo ovicuo como el de la providencia. Lo que hace terrible, tentacular, al hombre de los atentados que es uno solo perdido en la multitud; es su unidad y su anónimo... En el peligro anónimo peligramos todos, es una clave que desde su vértice pequeñísimo se abre en compás comprendiéndonos en pleno. Si fuera un ejército, sería menos temible y sería menor su superioridad, sería más explicable y menos turbadora. Y vale más la turbación en la vida actual que las consumaciones. Los perpetradores después de la perpetración resulta que pusieron demasiado dolor en su albur y que fué ideal y no casual, fulminantemente casual su pensamiento. Resulta después que sólo han dado un espectáculo de dolor y de ideal, con lo que han encarnizado la violencia mundial.

Ramón, todos se ofenden demasiado, dan demasiadas cuentas de todo, epilogan sus actos. No hay ejemplos de hombres unilaterales que hayan hecho su acción de un secreto sin compartir. Se enturbian todas las soberanías porque se encuentra la complicidad de sus actos en ideas demasiado discutibles, demasiado poco cervales y están llenas de coquetería metafísica ó literaria ó se les encuentra cómplices personales... Sería una emulación sorda y austera la de una soberanía sin confusiones ni las glosas vulgares ó consabidas. Un hombre que sin gesto trascendental hiciera lo trascendental, concretaría de un modo definitivo lo volucrabable y lo genérico.

Ramón, lo que ha hecho fracasar á los hombre fuertes, ha sido

PROMETEO

que han dejado extremos á la crítica para ser difamados, para que pudiera involucrarse ante las multitudes su concreción. Ante todo ejemplo de fortaleza, de hombría, de soledad se ha polarizado lo que había conseguido concretar, se ha irradiado y así se ha evitado la propagación del secreto, es decir, de la formidable densidad muy compacta que es la que hace fuerte á los cuerpos explosivos y radioactivos. No se necesita un elemento nuevo y todopoderoso para tener un espíritu centígrado y colosal, se necesita disponerse atómicamente en *tal* sentido. El valor del radium no es *sui generis* sino que es un estado transitorio, por un nuevo modo de cuajar de esa misma materia, que es linfática en casi toda su extensión y que no aprovecha el ejemplo de concreción de ese cuerpo radioactivo... Pero el hombre bien podrá aprender ese modo de hacer cuajar su linfa en fuego y en amenaza...

Ramón, ¿pero el hombre qué sabe? Prefiere ser parte de esos grandes yacimientos como de caliza humana, ó como de hulla.

Ramón, de hulla, por que no sé á qué incendio de otros tiempos corresponde esta discreción y esta moralidad de ahora...

Ramón, esto es demasiado... No rechazar nada estas mañanas en que se siente la señal de gracia en el olor á eucaliptus, ese olor pulmonar que como el de todas las arboledas va curándonos de desproporciones... No sentir como aisladores á los otros, sentirles violados por la misma vida, desflorados por su misma concupiscencia idónea é irremisible, que juega como á correr la pólvora á través de todos. Hace tan animosa y tan impudicamente el gesto de aquella agua fuerte de Rops el Amor Primitivo, en la que encarnizada en una selva prehistórica tremante y erupcionada, una mujer primitiva, en el gesto más recio, abate la cabeza cogida por los ca-

bellos de un hombre bárbaro y rehacio, sobre su sexo. Así de cogidos, de violentados, de cuerdos por fuerza, por trituración, por penetración hasta la quinta esencia, todos los hombres.

Ramón, si en la vida hay tragedia, sólo lo es porque se la personifica y se la reparte papeles de traidor y de víctima. Si se muere ó si se mata, se debe morir como muere el polichinela doblándose tan desaprehensivamente, con tanta quebradura, como muriendo sin resistencia; y si se mata, matar como el polichinela con su gesto secreto de estar preocupado de otra cosa extraña y despejada. La vida como en una comicada de un Frégoli, es el traidor y la víctima. Es como si se hubiese quitado las barbas rojas y cabrias de traidor en el paso de bastidor á bastidor volviendo á ser después de portarse en una misma persona como traidor y como víctima, el mismo señor con frac que recoge los aplausos. Trinidad, unión hipostática, misterio fácil. Al concebirlo lo peor es que se queda uno sin espada y sin tridente. Así vamos á la muerte como el polichinela al que deja la mano conductora después de muerto, vamos á ella para estar bien muertos, como debieran morir los hombres, sin ningún equívoco, haciendo un ángulo desarticulado, completamente agudo, inerte, el que hacen los polichinelas sin la bravura estúpida de Cyrano, blandamente, completamente dados al vértigo, sin recelo ninguno...

Ramón, vivir así envuelto en mí, dirigido sobre mí, con esta obcecación que uno puede tener de uno, si hacia la parte fuera se es transigente. Porque hay la obcecación bárbara que es de imposiciones, de intransigencias y de trascendencia ó la pueril obcecación poética, adjetivación de la naturaleza, polarización, obcecación del asunto en sí más que obcecación del que lo glosa, apariencia como de ser glosado por la naturaleza más que glosador.

PROMETEO

Ramón; puntual con la vida, puntual con el olor, con el color, con el sabor y con el placer. Puntual, nada más que puntual. Del olor del olor, del color del color, del sabor del sabor, del placer del placer... Un flagrante consorcio.

Ramón, así; conjunción copulativa... Los otros son conjunciones disyuntivas...

Ramón, más de la mañana. Estas cosas como dichas con vez pastosa, parece que entierran... He estado como enterrado bajo la luz de la mañana, en vez de estar vivo y desembarazado á flor de ella. Lo único terrible de estos pensamientos es que hunden bajo la luz...

Ramón, aún hay que acabar con esto. Cuando pierda uno el espectáculo de vista. La última dolencia del hospital es la de atalarle. Ya sólo la pesadez está en la pastosidad, en la pronunciación de los pensamientos, cuyo espíritu trancamundano y jovial es transfuga y se desgrana donde hay más corriente, lanzado á la deriva de cualquier ráfaga...

Ramón, esta pipa de mar, es una pipa imbécil. No tiene árbol á qué oler... Tiene un calor febril. La de cerezo tiene un calor normal y saludable. Además, parece que se es familiar al bosque... Hay mucha ingenuidad en el olor de las maderas. Es un olor, su olor que tenían para sí. Es como el olor de la mujer casada, bien casada; solo de su hogar, muy pegado á ella, olor de su carne—no olor de su afeite—muy tenaz, muy denso, muy honesto y que cuando se sorprende, como no es el olor de las mujeres fácil es á las dispersiones y que se dá á todas partes, sino un olor retenido y firme, colma y agrada muy serenamente, apaciguando como ningún otro... Así

el olor de las maderas no es ese olor almizclado, sutilizado, inquieto, epidémico, garabitoso, de las flores, ó de las mujeres desprendidas; es un olor más recio y más sereno y más profundo...

Ramón, es cosa rara, es cosa neurasténica, pero estas pipas de cerezo, le acodan á uno sobre un malecón ó sobre un rompeolas, ó le llevan á uno á esa taberna ideal donde dar grandes gritos blasfemos entre gentes escocidas, con el valor cierto de su herida penetrante, incurable y sucia, ó le conducen á uno al bosque, á ese bosque en que precisamente hay de esas fogatas que hacen un humo tan azul y tan fraternal...

Ramón, esa otra es la pipa agresiva y canalla para dar un paseo por los arrabales, esos arrabales en que hay valladas y árboles famélicos que habrá que podar, y casas remendadas de latas orientistas y cresterías absurdas y cristales pardos de traslucos accidentados, pipa que siempre nos lleva con la gorra calada, hacia allí, á la hora del ocaso, que se hace tan entonado en esos suburbios... Esa es la pipa que mejor se tiene en la boca, la que tira mejor, la que acompaña más rato y va satisfecha sobresaliendo sobre la granugienta bufanda á cuadros...

Ramón, esa otra pipa que le gusta á ella, es como ella misma. La modela y la echa sobre uno. La hace no se cómo simular de su fuego y me la da en bocanadas, en calcinaciones sucesivas, en las que siempre alienta... Me la da si no en toda su gracia—la pipa es irresistible—en su verdadera gracia, en la que en ella puede ser incandescente...

Ramón, esa otra es la pipa que dura unos pasos y planea los otros... La pipa fugaz que comenta la visita que se ha hecho—el

PROMETEO

drama que se ha visto, lo que se ha sabido—con el mentís abraçadabrante que necesitan todas las cosas de allende mi escondite, y todas las palabras que dice uno, que son tantas claudicaciones como palabras... Es un cinismo que rubrica de incoherencia y de grotesquería las cosas... Anula todas nuestras participaciones en la vida esta de relación...

Ramón, buena es esa pipa ciudadana que me oculta como ocultó á José su nube en la huida á Egipto. Es como un *corta-frios* que corta la cadena que se arrastra por las aceras y que agrupa á todos. Va atada sordamente á la mano izquierda y al pie izquierdo de la multitud, que siempre obra por eso en pleno con más desembarazo con la mano derecha, y que por lo mismo da siempre los primeros pasos con la pierna izquierda.

Ramón, esta pipa borra y degrada todo... No es eso... A veces las palabras parecen sectarias... No lo degrada. Sólo hace que todo tome el color de la tierra, hace que se sienta uno en un mundo de camaleones...

Ramón, la pipa del estuche me hace dudar de ella por el gesto fanfarrón que necesita, pero ya encendida se ve que sólo ha necesitado ese ademán para entonar mejor, para internarse más entre los refinados y prenderles fuego más en su centro... Abole todo lo ajeno como las otras...

Ramón, esa, esa otra es la hermética, pues como demasiado larga, se pone á distancia y se vuelve un poco contra mí, me desconcierta un poco, se me escapa, pero se me pára enfrente y me cierra el paso. Así es eficaz... Porque á veces me ha demostrado que aún me precipito fuera y no asumo todas mis voluntariedades

(Se continuará).